

biblioteca

básica

de

ciencia ficción

4

BIBLIOTECA BÁSICA DE CIENCIA FICCIÓN

es una producción de Ediciones Dronte

para Ediciones Nueva Dimensión. S. A.

Merced 4, entlo. 2º

Barcelona, 2

© Ed. cast., Ed. Dronte 1982

Dep. legal: B-9952-82

ISBN: 84-366-0061-4

Impresión:

Litoclub, S. A.

Nápoles 300

Barcelona, 25

Fotocromo portada:

M. K., S. A.

Cobalto 173

Hospitalet (Barcelona)

Distribución exclusiva:

OPCIÓN

Copérnico, 2

Tlf: (93) 20192 74

Barcelona 21

índice

Contactos con alienígenas

por Domingo Santos 4

El asunto de Jarnos

por Ian Wright 6

El jardín en el bosque

por Robert F. Young..... 24

Cuestión de costumbres

por L. Sprague de Camp..... 34

Equipo invencible

por Randall Garrett..... 49

Proceso

por A. E. van Vogt..... 57

contactos

con

alienígenas

En el actual estado de nuestro conocimiento del cosmos, muy poca gente duda ya de la posibilidad de que existan otros mundos habitados. Aunque las sondas espaciales lanzadas hasta hoy dentro de nuestro sistema solar han matado los antiguos sueños utópicos de hallar criaturas inteligentes en Marte y Venus, nuestros vecinos más cercanos, el universo es inconmensurable. Se calcula que solo en nuestra galaxia hay cien mil millones de estrellas, y el número de otras galaxias es incontable, puesto que constantemente se descubren otras nuevas, y aún no hemos llegado al fondo, a la piel de nuestro universo. Se ha demostrado que muchas de las estrellas de nuestra propia galaxia poseen planetas que orbitan a su alrededor. Sabiendo que la vida se asienta allá donde tiene la menor posibilidad de desarrollarse, aplicando tan solo la ley de probabilidades es fácil deducir que deben ser cientos, miles, millones quizá, los planetas que albergan vida en el universo, quizá vida inteligente...

Y ustedes se preguntarán: ¿Cómo es que, si existe tanta vida en el cosmos, aún no la hemos descubierto? Naturalmente las distancias estelares son enormes, los tiempos necesarios para franquear esos grandes abismos de nada cósmica inconmensurables, y las posibilidades pocas. Al igual que, en los tiempos antiguos, los europeos desconocían la existencia de otro continente habitado llamado América, y que de hecho muchos hombres vivían y morían sin llegar a saber que, mucho más allá de las montañas de su valle particular, había otros seres viviendo los mismos anhelos que ellos, igualmente el hombre de hoy mira al cielo y se pregunta dónde estarán los hermanos estelares, y no

puede responderse.

Aún.

Porque, al igual que llegó un momento en que el hombre tomó su caballo y atravesó las montañas, o construyó barcos y fue a otras orillas lejanas, llegará también un día en el que, sin lugar a dudas, el hombre construirá otras naves para cruzar el espacio y llegar a otros soles, y descubrirá allí otras humanidades con las que relacionarse.

Esto por supuesto pertenece aún, hoy por hoy, al reino de la utopía. Pero al hombre siempre le ha gustado soñar, y su imaginación no tiene fronteras. Aunque no sepamos todavía donde están nuestros hermanos estelares, sí podemos imaginarlos...

Esto es, entre otras cosas, lo que hace la ciencia ficción. Desde los antiguos autores: Fontenelle, Voltaire, Cyrano, hasta los últimos éxitos del space-opera, los seres extraterrestres han ocupado la imaginación de gran número de escritores. A veces somos nosotros quienes acudimos a sus reinos particulares; a veces son ellos quienes vienen a nuestro mundo para saludarnos... o para invadirnos. Pero siempre, cuando se produce el primer contacto, hay conflicto.

Conflicto que puede ser puramente biológico, o de comunicación, o político, o violento incluso. Los alienígenas –palabra adoptada ya mundialmente, en contraposición a indígenas– pueden venir pacíficamente y no ser comprendidos por la humanidad, como en la célebre película «Ultimátum a la Tierra» o más frecuentemente acudir con ansias de conquista, como en «La Guerra de los mundos» de Wells. De hecho, durante los años cincuenta, en la época del gran esplendor de la ciencia ficción norteamericana, proliferó con gran abundancia el relato, la novela, de horrendas invasiones extraterrestres, proliferación debida sin duda a la psicosis de guerra fría que vivían los Estados Unidos y al temor

de una invasión comunista. Posteriormente, el relajamiento de las tensiones hizo que los extraterrestres que acudían a nuestro planeta fueran más bondadosos, más sociables, no acudieran a invadir nuestro mundo sino más simplemente a contactar, a conocer, a comerciar incluso con nosotros. Los problemas de los contactos con los alienígenas pasaron a ser, de militares, a sociales.

Pero el hombre también va, en la ciencia ficción, a otros planetas. Curiosamente, la mayoría de los relatos de contactos con alienígenas que se desarrollan en los mundos de estos siguen, con bastante fidelidad, las pautas que marcaran los españoles en su conquista de América. El ansia de dominio, de asimilación, de conquista, quedan claramente reflejados en gran número de relatos que abordan el tema. El terrestre, en general, es superior al extraterrestre con el que contacta, acude a su planeta como maestro. Aunque a veces también salga trasquilado. La idea mantenida durante mucho tiempo de que si los alienígenas fueran superiores a nosotros ya los tendríamos aquí (el asunto de los OVNIS es dejado discretamente aparte) parece campear por estos relatos. Nosotros llegamos, vemos, y vencemos (a veces). Los alienígenas son indios cósmicos a los que hay que educar según nuestras costumbres y creencias, y darles abalorios a cambio de sus tesoros.

Claro que a veces surgen las sorpresas...

Este es el elemento más interesante en muchos de los relatos de contactos con alienígenas. La mera aventura no basta. Así, existe muchas veces un trasfondo social, político, militar, que es el que origina el conflicto. Muchas veces, en las diferencias entre humanos y alienígenas, hay una clara alusión, una crítica, a nuestro propio egocentrismo, a nuestro antropomorfismo. No somos los únicos, no somos los primeros, no somos los reyes.

Porque sobre todas sus demás características, los relatos de encuentros con alienígenas nos plantean un mensaje común que

el hombre deberá asimilar necesariamente si prosigue su carrera por el espacio: cuidado, nos advierten, no estamos solos en el universo, y es muy probable que no seamos en absoluto los reyes de la creación, aunque lo demos unilateralmente por sentado. Vivimos en el arrabal de una pequeña galaxia perdida en un rincón entre otras muchas galaxias. ¿Qué nos hace suponer que este sea precisamente el centro de todo el cosmos?

La ciencia ficción, en sus innumerables relatos de contactos con alienígenas, nos hace darnos una idea clara de cuál es nuestro auténtico lugar. Nos prepara para futuros acontecimientos. Nos predispone a aceptar que podemos ser simplemente una más de las infinitas razas que pueblan la creación, ni peor ni mejor que ellas, quizá tan solo diferentes. Y que, en estos nuestros futuros contactos, no siempre vamos a salir ganando. Aunque, evidentemente, eso es lo que desearíamos...

DOMINGO SANTOS

lan wright

El

asunto

de

Jarnos

Lionel Percy Wright, que durante muchos años trabajó en los ferrocarriles ingleses, fue uno de los pilares de las famosas antologías de John Carnell New Writings, que recogía lo mejor de la ciencia ficción que se escribía en Inglaterra. Escritor de corte y temática evidentemente clásicos, el terna de los contactos con otros seres no podía quedar al margen de su producción. Contactos que pueden revestir muchas formas: guerra, cooperación, espionaje, xenofobia, intercambios culturales, pero que siempre tienen una característica común: una de las dos razas que entran en contacto se halla en desventaja, por algún motivo, con respecto a la otra. En este cuento, la desventaja la sufren los terrestres, y es... Pero será mejor que la descubran leyendo directamente el relato.

—¿Qué es lo que sabe usted sobre Jarnos? —preguntó Hendrix.

Johnny Dawson consideró la pregunta y el ángulo del enorme y negro cigarro en la boca de Hendrix durante varios largos segundos. Finalmente, dijo:

—Nada, jefe.

El cigarro descendió cuando Hendrix frunció ligeramente el ceño.

—Eso es lo que me gusta de usted, Dawson. Es usted tan honesto, tan sincero... tan ignorante.

—Oh, yo no diría eso —Dawson sonrió con cándida modestia y esperó a que Hendrix elucidara la cuestión.

—Bien, yo sí. Jarnos es donde va a ir usted, y no sería una mala idea el que un agente de la Comisión Espacio supiera algo sobre el planeta que ha de visitar. También le pagamos por eso.

—Creo que tiene usted algo de razón —admitió Dawson.

—Y deje de estar de acuerdo conmigo —gruñó Hendrix—. Este problema...

—¿Qué problema?

El cigarro descendió unos pocos grados más, y las negras cejas se agitaron ligeramente sobre los taladrantes ojos negros.

—Johnny —dijo Hendrix pacientemente—, ayer tuve un día muy duro, y he trabajado hasta muy tarde la pasada noche, y me he levantado temprano esta mañana, y no me gustan las preguntas estúpidas de alguien que debería tener un poco más de juicio —el todo de su voz aumentó en forma constante a través del monólogo, y después de una pausa descendió a un susurro amenazador cuando Hendrix dijo—: El problema de Jarnos.

—¡Oh! —dijo Dawson, y decidió que no era este el momento de continuar preguntando sobre el tema.

—Jarnos es un mundo en el borde de la galaxia —explicó Hendrix—, y fue descubierto por una de nuestras naves exploradoras hace tres años.

—No me extraña que nunca haya oído hablar de él —interpuso Dawson.

—Cállese —el color de la cara de Hendrix tomó un tono rojizo—. Antes de que se vaya puede obtener todos los detalles que quiera de los archivos de la Comisión. Solo le estoy dando unas referencias breves. El planeta posee una raza humanoide que respira oxígeno, la cual ha desarrollado una sociedad feudal preatómica. Tenemos allí una nave exploradora que está efectuando la investigación, preliminar usual de cinco años. Después de descubrirlo, la Comisión ha conseguido un acuerdo del Consejo Central Galáctico que sitúa a Jarnos dentro de nuestra esfera de control económico. Podemos ayudar a los jarnosianos a mejorar la estructura de su civilización...

—A cambio de una bonita y pingüe concesión sobre el comercio y minerales —añadió Dawson.

—....después de haber, terminado la investigación de cinco años —dijo Hendrix, tornándose ligeramente purpúreo—. Durante este período seremos los responsables de esa gente. Podríamos decir que somos los guardianes de su futuro, ayudándolos a lo largo del camino hacia una vida mejor. —Podríamos decir eso —convino Dawson inocentemente.

—No se haga el listo conmigo —espetó Hendrix—. Jarnos es su pichón, Dawson, y queremos acción... rápida. Hay una nave de avanzada dispuesta para partir a medianoche, y le proveeremos de grabaciones hipno para el idioma y un archivo completo sobre la información actual y datos sobre el planeta. No será mucho,

pero le dará una base que completará el equipo de investigación cuando llegue allí.—Se levantó de detrás de su mesa y agitó una mano en un gesto de vaga despedida—. Es todo suyo, Johnny, y sé que hará usted un buen trabajo.

Dawson se incorporó lentamente.

—Hay un pequeño punto por aclarar, jefe —dijo, dirigiendo una mirada interrogadora a su superior—. ¿Para qué voy allí?

El cigarro se agitó furiosamente cuando Hendrix se inclinó sobre su mesa.

—Si supiéramos cuál es el problema, Dawson —gruñó—, no sería necesario que enviáramos a uno de nuestros mejores agentes a través de la mitad de la Galaxia para averiguarlo. El jefe del grupo de exploración informó que él creía que este era el mejor curso de acción a tomar, sea lo que fuere, mientras fuera lo suficiente quieto para evitar ampliar las complicaciones. Oh, sí. Su nombre es Paul Kodally, y su pequeño problema es para usted. Y ahora, lárguese de aquí, y no haga ninguna más de esas malditas y estúpidas preguntas.

Dawson contempló con mal humor al rojo disco del planeta debajo suyo. A través de la mirilla de observación de la nave de mando no era una vista nada atractiva. La mayoría de los mundos que había visto desde una posición semejante tenían algo recomendable, a pesar de que cada uno era, inconscientemente, comparado con la Tierra.

Jarnos no tenía nada.

Era una enorme y podrida ciruela, con una atmósfera de diabólicas miasmas que Dawson encontró difícil de creer que pudiera ser respirada por los Terrestres. Ciertamente, su inhalación era

cualquier cosa menos agradable, pero un terrestre podía vivir durante meses, o incluso años, sobre Jarnos sin sufrir ningún daño permanente... siempre que su sentido del olfato estuviera estropeado.

Dawson frunció el ceño y se pasó una mano a través de su corto y rubio cabello en un gesto de irritación. Al igual que la mayoría de los trabajos que había efectuado para la Comisión, este olía a podrido y, además, tenía el atractivo –si esa era la palabra correcta– de ser tan hediondo que el jefe del grupo de exploración creía que era necesario mantener el asunto en secreto incluso para sus superiores en la Tierra. Y solo ese punto le producía a Dawson una desagradable comezón psíquica.

La puerta de la cabina se deslizó, abriéndose, y rompió el encadenamiento de sus ideas. Suspiró y se giró para saludar al visitante.

–¿El señor Dawson? Lamento no haber podido saludarlo a su llegada. –El hombre quedaba una cabeza por debajo del metro ochenta de Dawson; era delgado, con cabellos negros, y un anticuado y poblado bigote que Dawson consideró como un esfuerzo para impartir algo de personalidad a este ser incoloro en todos sus aspectos. Atravesó la cabina con rápidos y precisos pasos, y su apretón de manos fue firme y ansioso, como si Dawson fuera la sola y única persona que hubiera deseado encontrar durante toda su vida.

Dawson sonrió.

–No tiene importancia. ¿Usted debe ser...?

–Kodally. Paul Kodally. Siéntese, por favor.

Dawson se sentó en la silla ofrecida y se preguntó como era posible que un hombre con tan obvia falta de presencia como Kodally hubiera llegado a ser el jefe de un equipo de investigación

tan grande como el que estaba aquí, en Jarnos.

Kodally se aposentó con inquietud tras su mesa, juntó con precisión las puntas de sus dedos y preguntó:

—¿Qué es lo que sabe respecto a este asunto, señor Dawson?

Dawson se alzó de hombros.

—Exactamente nada. Oh, he tenido un curso hipno del idioma local en mi camino desde la Tierra, y he conseguido un gráfico esquemático de la estructura etnológica... nada completo, como puede comprender.

Kodally asintió y estuvo silencioso por un momento, tratando de poner en orden sus pensamientos.

—Lo primero —dijo después de un largo minuto—, es que estamos en el segundo año de nuestra investigación preliminar de cinco años. Tenemos una comisión del Consejo Central Galáctico bajo los usuales términos y condiciones. No debe haber explotación de la raza o razas nativas durante la investigación, y tampoco debe suministrárseles ninguna información o conocimiento que esté más allá de la producción de su propia tecnología.

Dawson se agitó irritado y asintió.

—Seguro, ya sé las normas. ¿Es ahí donde está su problema?

—Es usted rápido en ver nuestras dificultades —Kodally asintió con aprobación.

—No veo nada —replicó Dawson contrariado—. Todo lo que he hecho ha sido suponer que el problema debe estar situado en el ámbito de las dos leyes que usted ha citado... sino no habría ninguna razón para mencionarlas.

—Ah, sí. Desde luego —Dawson se dio cuenta del primer signo de una grieta en la compostura de Kodally, y confirmó que su primera impresión de un hombre que necesitaba desesperadamente de afectaciones para afianzar su confianza en sí mismo no estaba lejos de la verdad.

—Nuestro problema concierne a la segunda de las leyes que he citado —continuó Kodally—. El suministrar a los jarnosianos información y conocimientos que son, para utilizar una palabra, contrabando. Dawson se quedó quieto y digirió la información. Esta era la más seria de las dos leyes citadas originalmente por Kodally. La explotación podía ser detenida y los responsables castigados sin que se hubiera originado un gran daño. Pero los conocimientos, una vez distribuidos, no podían ser retirados. En las manos de una raza con potencial ignorado, los conocimientos podían incendiar a la Galaxia con una llama que sería difícil de extinguir. Cuatro siglos antes, había quedado escrita en la historia una advertencia para el futuro cuando un, buscador de fortuna había traficado, ofreciendo conocimientos atómicos a cambio de una fortuna personal, con una nueva raza descubierta de técnicos salvajes. La explosión resultante había costado millones en vidas y esfuerzos para reducirla, y había sido la causa directa y la razón para introducir leyes que previnieran cualquier otro incidente. El castigo era necesariamente atroz para aquellos que las rompían, fueran individuos o razas.

—No necesito recordarle el incidente de Rhan—señaló Kodally.

—Justamente lo estaba recordando—replicó Dawson—. ¿Cree que esto pueda ser algo parecido?

—Espero que no —Kodally se estremeció—, pero no puedo evitar el tener mis temores. Déjeme que le cuente toda la historia. Esta nave de mando se estableció en órbita hace unos dieciocho meses terrestres. El trabajo preliminar ya había sido efectuado por

la tripulación del navío de exploración que descubrió Jarnos. Los nativos ya estaban dispuestos para recibirnos sin ningún miedo, y habíamos hipnograbado sus costumbres, tabús, idioma y todo lo demás. Es decir, que todo marchaba perfectamente.

—Ya conozco la rutina —interpuso Dawson hastiado—. Vayamos al problema.

—¿Eh? Oh, sí. Todo funcionó correctamente durante un año. Los nativos eran amistosos, ansiosos de ayudarnos en nuestro trabajo, ansiosos de poner en práctica un pequeño inicio de esquema comercial. No había ningún problema.

—Ahí —intercaló Dawson— es donde la cosa empieza a oler mal.

Kodally sonrió débilmente y admitió que la cosa era poco normal. Aún así, él y el resto de su equipo habían agradecido a las estrellas su suerte y observado con placentera se presa que el desarrollo de la investigación adelantaba incluso al más optimista de sus programas.

Y entonces empezó el problema.

—Hace seis meses —dijo Kodally—, una de nuestras naves de exploración efectuó un viaje imprevisto, desde el navío de mando al planeta, y un miembro de la dotación se dedicó a efectuar una comprobación de rutina en el equipo de detección de la embarcación. Su línea de vuelo la llevó alrededor de la curva planetaria con rumbo al hemisferio opuesto a la posición de la nave de mando.

—¿Y?

—Mientras descendía, dirigiéndose a la superficie, los instrumentos detectaron el rastro de un navío atómico desplazándose a través de la atmósfera superior a unos seis mil kilómetros por hora. —Kodally se apoyó contra el respaldo de la silla y le miró con

desolación—. Esta gente se halla en los primeros estadios de los descubrimientos atómicos, ni siquiera tienen una estación atómica rudimentaria. Las aeronaves que poseen funcionan con motores de combustible líquido del más primitivo diseño. Y de pronto, de la nada, desarrollan una buena copia de una de nuestras naves de exploración de seis plazas. No, señor Dawson —Kodally sacudió la cabeza—, yo no creo en milagros.

—¿Qué es lo que hicieron?

—Afortunadamente, la dotación de la nave de exploración tuvo el buen sentido de no hacer nada. Giraron en redondo e informaron a la nave de mando. Pedimos a la Tierra un cargamento de instrumentos de detección de largo alcance y, mientras tanto, nos dedicamos a efectuar todas las observaciones que pudimos. En pocas semanas descubrimos un puñado de cosas que no tenían derecho a estar en Jarnos, incluyendo el costillaje de una gran nave propulsada atómicamente que casi podía ser un duplicado de una de nuestras naves de aprovisionamiento. Además, encontramos armas de mano, pantallas defensivas, detectores... oh, una lista completa de cosas que no debían de estar allí.

—¿Cree que alguien les está suministrando información?

—¿Cree que pueden hacer lo que están haciendo en solo tres años desde nuestro primer contacto con ellos? —preguntó Kodally—. Bien, he estado vigilando a mi propio equipo, a pesar de mis sentimientos de confianza, pero no he descubierto nada.

—¿Podría ser una interferencia exterior a fin de comprometer la postura de la Tierra?

—Es posible, pero no probable —admitió Kodally—. Desplegamos una buena dosis de prudencia y comprobación en los acercamientos a Jarnos, pero no hemos descubierto nada. No dijimos nada sobre el hecho de que sabíamos lo que estaba sucediendo, pero eso no fue suficiente por lo visto.

Dawson le dirigió una mirada inquisitiva.

—A las doce semanas de haber descubierto lo que estaba ocurriendo, desapareció todo.

—¿Eh?

—Como suena. Antes de que recibiéramos los nuevos instrumentos de la Tierra para ayudarnos en nuestra investigación, todo había desaparecido de la vista y había sido escondido con rapidez considerable. Parece ser que los jarnosianos se dieron cuenta de que habíamos detectado lo que estaban haciendo y habían procedido precipitadamente pero en forma efectiva a ocultarlo todo.

—Alguien los avisó.

—Ese parece ser el caso.

—¿De modo que es probable que aún estén recibiendo información de contrabando?

—Es muy probable, ya que nosotros no hemos podido tomar ninguna medida para evitarlo.

—¿Ha tratado de sonsacarles algo?

—¿De qué serviría? —Kodally extendió las manos en un gesto de frustración—. Solo estaríamos admitiendo que nos hemos dado cuenta de la situación. Tal como están las cosas, no lo saben con seguridad...

—A menos que la persona o personas que están pasando el contrabando se hayan dado cuenta de todo el juego.

—Eso explicaría la súbita desaparición de todas las evidencias —convino Kodally. Puso las palmas de las manos sobre el escritorio

y aspiró profundamente—. De todos modos, me alegro de decir que el problema es todo suyo ahora, señor Dawson. No necesito decirle cual sería el resultado si esto no fuera aclarado satisfactoriamente. Vamos a continuar nuestra investigación rutinaria, desde luego, y no tiene usted mas que pedir cualquier cosa que necesite. —Se levantó de la silla con el aspecto de un hombre que se ha descargado de un gran peso—. Y ahora, le mostraré a usted su alojamiento.

Dawson pasó los dos primeros días en la nave de mando, estudiando todos los informes y grabaciones y films referentes al planeta y sus habitantes en que pudo poner sus manos. La investigación etnológica situaba a los jarnosianos a la par con un hombre de principios del siglo veinte, lo cual era lo suficiente bárbarico como para avisar a cualquier investigador de que podía estar sentado sobre un barril de pólvora. En la parte sociológica, los jarnosianos tenían una sociedad feudal dividida en dos clases: trabajadores y señores. Todas las posiciones de poder eran hereditarias, y solamente en las últimas décadas había mejorado materialmente la posición de las secciones trabajadoras de la comunidad. La mayor parte del poder y la riqueza estaba en manos de un siete por ciento de la población.

Era un cuadro bastante normal, con solo pequeñas variaciones para diferenciar a Jarnos de cualquier otro entre el puñado de mundos que Dawson conocía.

Su comprobación siguiente, con la ayuda de Kodally, fue la hoja de servicios de cada una de las doscientas y pico de personas que componían la administración y tripulación de la nave de mando. Era algo incidental, lo sabía, ya que cada hombre y mujer en el complemento habían de tener un historial de habilidad e integridad fuera de toda duda. Dawson no se sorprendió de no encontrar nada fuera de lo habitual.

Después de cinco días de trabajo duro e insatisfactorio, no había avanzado nada en comparación desde el día de su llegada. El sexto día se sentó a desayunar y pensó ociosamente en cuales deberían ser sus próximos pasos. En todos sus trabajos previos para la comisión de Proyectos Espaciales y Exploración Colonial, Dawson había operado sobre las bases de llevar la lucha contra el enemigo tan lejos como fuera posible, lo cual estaba muy bien cuando uno sabía que había un enemigo, y aún era mejor cuando uno sabía quién era el enemigo. En lo que concernía a Jarnos, no había conseguido obtener ni siquiera una sola pista.

Kodally entró en la sala de rancho, lo saludó con temprana acidez mañanera Dawson gruñó una réplica y resumió su cavilante estudio de la superficie marrón de su taza de café.

—¿Y qué es lo que va a hacer hoy, Dawson? —preguntó Kodally con afectada cortesía.

—¿Uh? —Dawson lo miró y arrugó la frente—. Oh, no lo sé...

—De lo cual asumo que el problema es aún un problema —Kodally sorbió ruidosamente su propia taza—. Bien, me temo que tengo todo el día ocupado. Si quiere alguna ayuda será mejor que llame a Hennessey.

—Sí, seguro —dijo Dawson abstraídamente. Esta posibilidad no lo alegraba, porque Hennessey, el asistente de Kodally, era la clase de gigante amistoso que llegaba a ocupar altos cargos a pesar de su falta de cualificaciones técnicas. Hennessey le gustaba a todo el mundo y todo el mundo le gustaba a Hennessey, a pesar del hecho de que era el mejor ejemplo viviente de como progresar sin trabajar.

—Debo llevar a un grupo de señores jarnosianos en visita por la nave —continuó Kodally pomposamente—. Organizamos estas

visitas a cortos intervalos a fin de promocionar la amistad, y esto asegura el que nuestras propias visitas a la superficie del planeta queden situadas en una base recíproca.

—Está bien —dijo Dawson, ansioso de interrumpir el discurso—. Ya veré a Hennessey. Un momento... —Kodally se quedó con la cuchara llena de comida a medio camino de su boca mientras Dawson se inclinaba amistosamente en su dirección—. Esto me resuelve un problema. Yo iba a hacer un viaje al planeta para dar una mirada a los nativos, pero esto me ahorrará las dificultades. ¿Qué le parece si voy con usted y sus visitantes?

—Bueno... —Kodally parecía un tanto turbado.

—Oh, no se preocupe. No trataré de ser más importante que usted —dijo Dawson con dulzura.

—No era esa mi objeción —replicó Kodally agriamente—. Claro que puede acompañarnos. La nave que los ha de traer llegará sobre las once, y debo recibirlos en mi cabina a esa hora.

—Estupendo —Dawson sonrió y se levantó de la mesa—. Estaré allí antes de que lleguen.

Las siguientes horas las pasó en su propio camarote, y un poco antes de las once oyó como anunciaban la llegada de la nave por el intercom. Se dirigió en dirección a la oficina de Kodally, y el jefe de la expedición le saludó fríamente. Dawson se dio cuenta de que su fracaso de no haber dado aún una explicación milagrosa estaba produciendo sus efectos en los nervios de Kodally. El hombre sabía demasiado bien de que el fracaso en aclarar el asunto satisfactoriamente significaría el final de su carrera, una carrera que, sospechaba Dawson, había sido erigida cuidadosa y metódicamente bajo considerables esfuerzos y tensiones y bajo el adicional impedimento impuesto por una falta de personalidad.

Kodally no tenía los necesarios atributos de fuerza física o espiritual como para haber forzado su camino hasta la cumbre sin una gran cantidad de trabajo duro y de esfuerzo mental. Ahora veía todo su futuro en la balanza... y solo Dawson podía hacer algo para evitar un desastre completo.

Dawson suspiró y deseó que todo el mundo fuera tan flemático y despreocupado como era él mismo. La vida sería mucho más simple.

Pasaron un par de minutos en un silencio que solo fue roto por el nervioso tamborileo del dedo índice de Kodally sobre la mesa. Dawson agradeció la llamada en la puerta de la cabina que rompió la creciente tensión de su humor, y entró Hennessey con su enorme sonrisa habitual, seguido por media docena de alienígenas ataviados suntuosamente.

Hennessey era un enorme y huesudo celta de corto cabello rojizo y una cara áspera y agrietada que tenía un indudable atractivo. Sus ojos eran azul pálido y tranquilos, y contrastaba violentamente con los jarnosianos, que eran más cortos de talla y de una complexión delgada y tan agradable como sus vestidos.

Dawson parpadeó sorprendido. Había visto fotos de los jarnosianos y había leído descripciones de los mismos, pero la realidad sobrepasaba sus propias esperanzas. Físicamente, eran más atractivos que cualquiera de las razas que había visto, su piel rojiza contrastando agudamente con sus grandes y líquidos ojos marrones y con una corona de cabello profundamente negro que había sido peinada con asombrosa perfección. Por un momento se preguntó cuál sería su sexo, si es que tenían alguno. Su atavío consistía en una serie de túnicas multicolores, cada una más corta que la que había debajo, y todas ellas hechas de un material suave y ligero que añadía belleza a sus movimientos cuando caminaban. En cuanto al resto, tenían amplias bocas, de labios delgados rojo oscuros, y narices aguileñas de las que sobresalía el blanco plástico de los tubos de filtración. El aire terrestre

parecía ser tan nauseabundo para ellos como su atmósfera lo era para los terrestres.

Kodally se irguió de su asiento y los saludó con unas frases, poco floreadas pero ritualistas, en el idioma jarnosiano, mientras Hennessey efectuaba las presentaciones de cada uno de ellos por turno. La conversación, naturalmente, se efectuaba en jarnosiano, y Dawson se alegró al comprobar que su hipno-curso había sido completo y bien programado para sus necesidades actuales.

La visita a la nave se efectuó lentamente, y Dawson se mantuvo en la retaguardia estudiando a los alienígenas tan minuciosamente como pudo. Demostraron un interés desbordante en todo y en cada cosa, tanto que la visita se transformó en un examen microscópico de cada objeto, desde las decoraciones de la pared y mobiliario hasta el sistema de circulación del aire y los equipos de energía. Dawson se dio cuenta muy pronto de que si tan solo la mitad de las preguntas que hacían eran contestadas correcta y verdaderamente, los jarnosianos tendrían la suficiente información equivalente a otra racha de contrabando de conocimientos. Pero pronto pudo comprobar de que Kodally y su gente se habían dado cuenta de la situación. Algunas de las preguntas eran contestadas completa y concisamente, pero la mayoría o eran evadidas cuidadosamente o explicadas con una voluble mezcla de verdades a medias e insensateces técnicas que produjeron una sonrisa en los labios de Dawson en más de una ocasión.

La tarde ya estaba avanzada cuando la visita terminó, después de casi cinco horas de caminar por los corredores, hurgar en las salas de máquinas, inspeccionar los sectores privados y en general comportándose como una partida de turistas terrestres en los cementerios marcianos.

Dawson se dejó caer en una silla de la oficina de Kodally después

de haberse efectuado las despedidas y de que Hennessey hubiera conducido a los visitantes en dirección a la compuerta principal.

—¿Bien? —Kodally lo miró agotado y efectuó la pregunta en un tono que demostraba que no esperaba una respuesta de ninguna clase.

—No lo sé —Dawson sacudió su cabeza—. Una cosa es cierta: es el grupo de tipos más inquisitivos que nunca me haya encontrado. ¿Son siempre así?

—Sí. Les gusta hacer preguntas, incluso si las respuestas son sin sentido.

—¿Con qué frecuencia vienen grupos como ese?

—Oh, somos bombardeados con peticiones cada día —le dijo Kodally—. Si accediéramos a todas ellas deberíamos tener a toda la tripulación guiando a los visitantes durante todo el tiempo. Hemos de ser diplomáticos y contentarlos con un grupo cada siete u ocho días-nave —se reclinó en su silla y estiró su cuerpo—. Supongo que sería esperar demasiado el que la visita le haya dado alguna idea al respecto del problema que tenemos.

—Todos los conocimientos son útiles, Paul —Dawson sonrió—. En algún lugar habrá una pequeña pieza con datos que encajará en su lugar y demostrará ser el «ábrete, sésamo», y una vez que eso ocurra... —se alzó de hombros.

—¿Y si eso no ocurre? Dawson se levantó de la silla y se dirigió hacia la puerta.

—Entonces, usted y yo, Paul, podremos empezar a buscar un trabajo como camareros de bar —dijo torvamente.

Durante la siguiente semana Dawson se dedicó a investigar en todas las direcciones posibles. Habló con la tripulación y los jefes de departamento, estudió la información sobre Jarnos y sus habitantes, y efectuó tres visitas independientes al planeta.

La principal base terrestre había sido establecida en el centro del mayor continente, y muy cercana a una de las más grandes ciudades jarnosianas. Su dotación consistía en una fuerza permanente de seis hombres de la nave de mando, los cuales estaban de servicio durante turnos semanales. En su primera visita se sorprendió al ver que había un gran parecido entre el estilo jarnosiano de los edificios y la arquitectura de la Tierra de principios del siglo veinte. La mayoría de los edificios estaban contruidos con ladrillos y bloques de piedra, y su diseño estaba claramente destinado a permitir el paso a un máximo de aire y de luz. Las calles eran amplias y rectas, y estaban repletas de vehículos antiguos y humeantes que funcionaban quemando combustible sólido de una clase u otra.

Lo que le impresionó más fue la diferencia existente entre los nobles suntuosamente ataviados y la mayoría de la gente vestida sobriamente, la población trabajadora. Dawson había oído sobre las sociedades de clases pero nunca había visto una que estuviera tan claramente definida y tan obvia como esta de Jarnos. Casi parecía como si en el planeta hubiera dos razas distintas. Su mente se dio cuenta de algo en su efímera visita, algo que era un hecho nebuloso o una sospecha pero que rehusaba coagularse en algo más sólido que un mero presentimiento. Era una vieja sensación, y no trató de forzarla. En su tercera visita estaba seguro de que la respuesta iba a ser encontrada y que ya no estaba muy lejos.

—Me gustaría tener su optimismo —gruñó Kodally cuando Dawson lo mencionó durante la cena, a su retorno del planeta.

—No es optimismo —le dijo Dawson bruscamente—. Es experiencia, Paul. Cuando uno ha estado en mi trabajo tanto tiempo como yo,

uno llega a reconocer las cosas... oh, tal vez no en el acto, pero más pronto o más tarde la última pieza encaja y todo queda solucionado. De lo que estoy seguro, si esto le sirve de algún consuelo, es de que ninguna de su gente está envuelto en el lío.

—Dice usted demasiadas cosas que no significan nada —Kodally removi6 la comida que estaba frente a él.

—No se amargue usted, Paul —sonrió Dawson—. Hablar es una de las cosas que ayudan; la imagen crece durante todo el tiempo, una imagen que será completada un día, y ese día todo el asunto quedará aclarado.

—Narices —replicó Kodally rudamente—. Su próximo paso va a ser el contemplar en bolas de cristal.

—Tal vez —convino Dawson alegremente. Dejó caer su tenedor en el plato frente a él, y miró sin ver a la blanca extensión de la mesa. Kodally lo contempló y rió agudamente.

—Supongo que lo próximo que dirá es que el cuadro ya está completo —murmuró sarcásticamente.

—¿Hum? —Dawson levantó la vista al romperse su meditación, y sonrió ampliamente—. Oh, pues sí. Creo que puede decir eso —se lamió los labios como un gato ante un plato de nata—. Sí, Paul, creo que puede decir eso con bastante certeza. ¿Cuándo ha de llegar a bordo el próximo grupo de jarnosianos?

Kodally parpadeó sorprendido.

—De aquí a dos días. ¿Por qué?

—No importa. ¿Qué clase de personal médico tiene?

—¿Eh? Mire, Dawson...

—¿Cuántos?

Kodally lo miró, amenazadoramente.

—Bien, hay tres especialistas médicos y cuatro investigadores que no están cualificados para ejercer.

—¿Hay entre ellos algún psiquiatra que ejerza?

—Desde luego. Está Bonetti, especializado en psicología alienígena, y Tempier es el médico asignado a la dotación; tiene un diploma de Leyden como psiquiatra y neurólogo.

Dawson sonrió seráficamente.

—¡Estupendo! ¡Maravilloso! ¿Qué más puedo pedir? Haga que vayan a mi camarote... eh... digamos dentro de una hora. ¿De acuerdo?

Kodally lo miró con el asombro extendido por su delgada faz.

—¿Qué es lo que pretende hacer? —preguntó.

—Se lo diré en alguna otra ocasión —sonrió Dawson.

—Maldita sea, le exijo...

—Vamos, Paul. Esa no es manera de hablarle a alguien que está a punto de salvar su piel, para no mencionar la mía propia. —Dejó a Kodally farfullando con fútil rabia, y se dirigió a su camarote.

Los dos doctores estuvieron encerrados con Dawson durante casi toda una hora, y cuando aparecieron en la oficina de mando se negaron a mencionar nada de lo que habían discutido. Las insinuaciones de Kodally fueron ignoradas, las preguntas directas de Hennessey fueron desviadas, y una ultrajada demanda final de

Kodally, exigiendo ser informado de lo que ocurría, fue cortésmente refutada. Bonetti se sentó inmóvil y acarició su pequeña barba puntiaguda, mientras Tempier se sumergía en la lectura de un abstruso boletín técnico de su especialidad.

Dawson, asimismo, rehusó discutir el asunto, y durante las siguientes treinta y seis horas una hirviente atmósfera de rabia y frustración flotó sobre Kodally y sus jefes de departamento. El resultado fue una oficina silenciosa y una serie de comidas donde la conversación brilló por su ausencia.

Durante el desayuno del día de la visita, Dawson hizo la primera apertura en la pantalla de silencio que se había desarrollado entre él y Kodally al preguntar:

—¿A qué hora llegarán nuestros huéspedes?

—Como siempre: sobre las once —replicó Kodally de mala gana.

—¿Puedo unirme a la partida, como la vez anterior?

—No puedo evitarlo —replicó Kodally, en un tono que implicaba que lo haría si pudiera.

—Eso está bien —convino Dawson alegremente—. Ahora, hay aún otra cosa. Quiero que Bonetti y Tempier hagan un viaje en uno de los aparatos de exploración durante el tiempo que esos jarnosianos estarán a bordo.

Kodally lo miró con sospecha.

—¿A dónde? —preguntó.

—Oh, a ningún sitio. No soy exigente. Solo quiero estar seguro de que no se hallen a una distancia de menos de doscientos kilómetros de la nave.—¿Qué es lo que diablos está tratando de hacer?

–Todo a su debido tiempo, Paul –lo amonestó levemente Dawson– Todo a su debido tiempo. ¿Qué hay de ese aparato de exploración?

–Daré las órdenes –Kodally hizo una mueca.

–Que esté a punto a las diez cuarenta y cinco, por favor. Yo iré a su camarote un poco antes de las once.

Para colmar el disgusto y frustración de Kodally, Dawson se encerró para conferenciar con Bonetti y Templer a las diez, y ninguno de ellos apareció hasta cuarenta minutos más tarde. Los dos doctores embarcaron inmediatamente en el aparato de exploración que había sido dispuesto para ellos y partieron hacia el espacio exterior con el cómico pero infortunado comentario de que regresarían a tiempo para tomar el té. Dawson se reunió con Kodally en su cabina y aguardó en medio de un inconfortable silencio hasta que el último grupo de jarnosianos entró acompañado de Hennessey.

No tenían nada de diferente de los que había visto Dawson en la visita anterior. Sus atavíos eran igual de brillantes y sus cuerpos igual de bellos; sus reacciones durante la visita fueron las mismas, y sus preguntas igual de variadas y numerosas. Por lo menos, al principio. A medida que la visita progresaba, una atmósfera de inquietud pareció crearse y envolver a todo el grupo, lo mismo alienígenas que terrestres, y creció en intensidad a medida que pasaba el tiempo. Empezó con Kodally y Hennessey, cada uno de los cuales miraba a Dawson de vez en cuando con obscuras sospechas, y se extendió a los jefes de departamento que se unían y partían del grupo de visitantes a intervalos regulares. Era como si todos ellos estuvieran esperando el que Dawson se convirtiera en un conejo de color púrpura en cualquier momento, e incluso los jarnosianos parecieron infectarse a medida que la visita progresaba.

Sus preguntas se hicieron menos y menos torrenciales, y cada uno de ellos empezó a imitar a Kodally y Hennessey, dirigiendo miradas furtivas e inquietas a la silenciosa e implacable figura de Dawson que los seguía a todas partes. Como resultado la visita terminó con inquieta precipitación en la compuerta principal, con los alienígenas exhibiendo indicaciones de querer abandonar la nave de mando tan pronto como les fuera posible.

El normal y lento ritual de despedida fue efectuado con apresurada solemnidad mientras los miembros de cada grupo hacían una reverencia y decían las frases jarnosianas de despedida.

El jefe del grupo alienígena se giró, finalmente, hacia Dawson, hizo una reverencia y dijo rápidamente:

—Que la paz de tu patria esté siempre contigo mientras estés ausente de ella.

Dawson hizo una reverencia a su vez, titubeó, y abrió su boca para contestar. Kodally y Hennessey se quedaron boquiabiertos de asombro cuando sus labios se movieron sin que ningún sonido emergiera de ellos. El efecto en los alienígenas fue semejante al de una descarga eléctrica.

La cara del jefe se contorsionó en una máscara de ultrajado horror y furia mientras le gritaba a Dawson:

—Habéis insultado mi honor y el honor de mis padres... —se interrumpió repentinamente, con la furia desapareciendo y muriendo para ser reemplazada por una horrorizada comprensión de algo que Kodally no sabía lo que era.

Dawson se estremeció levemente y sonrió con un lado de su boca al jefe de la expedición.

—Siento lo ocurrido, Paul —dijo—. Envía a este grupo de monos a

su casa tan pronto como puedas, y envía una señal a Bonetti y Templer para que regresen. Quiero que vuelvan con toda urgencia. Le veré a usted y a Hennessey en su camarote –sonrió–. Creo que es hora de dar unas cuantas explicaciones.

Se marchó, dejando a un grupo de agitados alienígenas y desorientados terrestres que observaron como se alejaba.

–Y ahora –espetó furiosamente Kodally mientras se sentaban en su camarote–, tal vez tenga la amabilidad de explicarnos esa pantomima que hemos contemplado.

–Seguro, Paul –Dawson se estiró en su asiento–. Primero, no necesita preocuparse más sobre el asunto del contrabando. Nadie de los que está bajo su mando, o fuera de él, es responsable de eso.

Kodally se animó visiblemente.

–Segundo, le he de pedir disculpas por no informarle desde el principio, pero dentro de un momento se dará cuenta de que no era posible hacerlo. Como dije antes, Paul, es solamente una cuestión de relacionar los hechos hasta que uno tiene un cuadro completo, y mi cuadro se completó después de mi última visita a Jarnos. Me di cuenta de un hecho poco importante, poco importante hasta que uno lo pensaba, es decir...

–Por amor del cielo, vayamos al grano –espetó Kodally impacientemente.

–Bien, me di cuenta de que ninguno de los Señores parecía hablar a otro en los lugares públicos.

–¿Y? –Kodally pareció desorientado.

—Hablaban a los trabajadores y los trabajadores les hablaban al igual que entre ellos, pero la pandilla de dirigentes... —Dawson movió la cabeza—. Ni una palabra. Bien, eso no sugería mucho al principio, lo admito, pero si uno piensa sobre ello resulta que solo hay una respuesta posible... no necesitan hablarse los unos a los otros porque son telépatas.

Los ojos de Kodally se desorbitaron de asombro, y hubo un momento de aturrida e incrédula sorpresa mientras las palabras de Dawson se hundían en sus mentes.

Entonces Hennessey dijo lentamente:

—De todas las ideas estúpidas, idiotas, mentecatas...

—Pensé que diría eso —suspiró Dawson—. Admitiré que ni yo mismo estaba convencido sin pruebas, esa fue la razón de esa pequeña, ah, pantomima en la compuerta. Tenía que conseguir las pruebas de algún modo, y ¿cómo diablos conseguir pruebas de un telépata que puede leer la mente de uno y estar siempre dos jugadas más allá de cualquier cosa que uno pueda pensar? —Sonrió—. Ahí es donde intervinieron Bonetti y Templer. Lo discutí con ellos y prepararon un pequeño curso de sugestión hipnótica... ambos son hipnotistas, ya lo saben.

—Ya lo sé —espetó Kodally—. Tienen que serlo para conseguir sus títulos.

—Sí, cierto; establecieron un bloqueo hipnótico para hacer desaparecer de mi parte consciente el conocimiento de que los jarnosianos eran telépatas. Entonces dispusieron una clave que haría funcionar la trampa que preparamos.

—¿Trampa? —dijo Kodally.

—Cuando el jefe del grupo me dirigió su despedida ritual, tal como estaba obligado a hacerlo, esa fue la clave que puso en marcha

mis propias acciones, involuntariamente, desde luego –Dawson sonrió–

Le devolví sus frases de despedida junto con unos cuantos juramentos jarnosianos escogidos, consistentes en calumnias sobre él y sus antepasados, que constituían las más groseras obscenidades que un jarnosiano pueda concebir.

Hennessey lo miró asombrado.

–Pero usted no dijo ni una palabra.

–Pero mis labios se movieron –le dijo Dawson–, y mientras lo hacían estaba pensando en todas esas bellas frases acerca de su familia. Tuvieron el efecto que habían previsto Bonetti y Templer. Se sintió tan ultrajado e insultado que por un instante no se dio cuenta de que no estaba hablando en voz alta, y reaccionó como era de esperar... oh, sí, ciertamente reaccionó.

–Pero... –Kodally se atragantó levemente–. ¿Por qué toda esta comedia? Podía haberlo hecho en forma directa.

–Oh, no. Hubiera leído mi intención *en* mi mente por anticipado... o en la suya o en la de cualquiera que supiera lo que estaba ocurriendo.

–Debido a eso envió lejos a Bonetti y Templer –intercaló Hennessey.

–Correcto –sonrió Dawson–. Ahora tal vez vean como consiguieron toda esa información. Cada vez que hacían una pregunta, la respuesta correcta aparecía en la mente del técnico a quien concernía antes de que tuviera tiempo de desviarse de la verdad con alguna respuesta ininteligible –Dawson sonrió a Kodally–. No es extraño que hubiera tantas preguntas durante todas las visitas.

Kodally gruñó:

—¿Está seguro de que esto se limita solamente al grupo gobernante?

—Bien, las masas trabajadoras parecían hablar todas en la forma acostumbrada, de modo que, obviamente, esa es la explicación de la causa de la gran diferencia social, aunque para saber si ello obedece a un entrenamiento o es hereditario será necesario estudiarlo más a fondo.

—¿Cómo es que no lo descubrieron tan pronto como usted se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo? —preguntó Hennessey.

—Pura suerte. La fortuna me acompañó hasta estar de vuelta a bordo. Si hubiera... —Dawson se alzó de hombros expresivamente.

Kodally se relajó en su silla, las líneas de la preocupación desapareciendo de sus delgadas facciones mientras sonreía tensamente a Dawson.

—Bien, es un peso que me he quitado de encima. No creí que esto fuera tan fácil de solucionar.

—No está solucionado en modo alguno —espetó Dawson.

—¿Eh? Pero...

—¿Puede imaginar lo que ese puñado de alienígenas podría hacer en diez años si se les dejara sueltos en la Galaxia? No puede engañar a un telépata, Paul. Si quieren información la consiguen, y no habrá nada que usted o cualquier otro pueda hacer al respecto.

El silencio envolvió el camarote a medida que se daban cuenta del significado de las palabras de Dawson.

–¿Exterminación? –preguntó Hennessey.

Dawson sacudió su cabeza.

–El Consejo Galáctico nunca lo permitiría. Si uno puede hacerlo por una razón también podría hacerlo por otra. De todas maneras, no habría ninguna garantía de éxito del cien por cien.

–Entonces, ¿qué? –dijo Kodally lastimosamente.

–Primero, nos quedaremos aquí y mantendremos una vigilancia hasta que se presente alguna clase de respuesta...

El visiofono de la mesa de Kodally sonó agudamente, sacándolos de su estado de tensión. Kodally respondió y sus ojos giraron hacia Dawson mientras escuchaba.

–Está bien –dijo, y dejó en su sitio el instrumento. Se dirigió a Dawson–. Hay una llamada codificada de la Tierra para usted, Dawson. Una emergencia de un hombre llamado Hendrix. Está en la cabina de Comunicaciones.

Dawson gruñó y alzó los ojos hacia el techo gris de la cabina.

–Ese tipo debe ser psíquico –proclamó amargamente–. Voy ahí ahora mismo. Lo mejor será que usted también venga, Paul.

En la pequeña pantalla del centro de Comunicaciones, el rostro de Hendrix le miró en una miniatura gris, con el inevitable cigarro negro que parecía aún más dominador de lo que era en realidad.

Dawson se sentó y dijo:

–Hola, jefe –con desinterés resignado.

–¿Qué es lo que le ha entretenido? –saltó Hendrix–. Estas llamadas le cuestan mucho dinero a la Comisión.

—Puede permitirse ese gasto —dijo cansadamente Dawson.

El cigarro negro se agitó amenazadoramente.

—De cualquier forma, ¿qué es lo que está pasando ahí?

—Estaba a punto de escribir un informe para decir que el trabajo ha terminado... al menos, el problema está resuelto por el momento.

—¿Aja? —cortó Hendrix—. Entonces vale más que lo estudie de nuevo, Dawson. Las delegaciones luteriense y tracconiana combinadas han dado nota al Consejo Galáctico de una moción de censura para ser presentada en la próxima sesión, dentro de tres meses.

—¿Cómo?

—Así es. Y han dado a entender que tiene relación con el asunto de Jarnos. —Los labios de Hendrix se cerraron alrededor del cigarro con la precisión de una ratonera—. De acuerdo... ¿cuál es su versión, Dawson?

—¿Cuándo pasó eso? —preguntó mohíno Dawson.

—Hace dos días. Tuvimos noticia de ello hace veinticuatro horas-Tierra.

Dawson se relajó. Al menos no había noticia de los últimos acontecimientos. La moción de censura debía haber sido preparada con informes que al menos tenían una semana, o más, de antigüedad.

—¿Y bien? —dijo Hendrix amenazante.

Dawson suspiró y contó su historia sin exageraciones; detalló los hechos tal como habían ocurrido y los problemas tal como se

habían presentado. Hendrix escuchó sin comentarios, pero su rostro se fue oscureciendo hasta alcanzar la expresión no comprometedora de hosca impasividad que Dawson conocía tan bien.

Terminó el relato y esperó la reacción de Hendrix... que no tardó en llegar.

—Es usted el mejor bromista que jamás haya conocido —gruñó Hendrix.

Dawson suspiró.

—No quería ser gracioso...

—Cállese —aulló Hendrix, y su rostro se hizo más grande al acercarse a su transmisor— Ahora, escúcheme. No me importa que tipo de locuras haya estado haciendo, todo lo que deseo es tener algo con lo que poder derrotar esa maldita moción de censura. En alguna forma han corrido las noticias acerca de Jarnos, y habrá el follón más grande que jamás hayamos visto si no encontramos algo pronto.

—Maldita sea, jefe —protestó Dawson—, no pueden acusarnos de nada. Puedo probar hasta la última palabra...

—¿Quiere hacer una apuesta?:—atajó Hendrix—. Le aseguro, Dawson, que toda nuestra política colonial correrá peligro a menos que se le ocurra algo. Y eso sin hablar de su empleo en la Comisión. Este follón es todo suyo, hermano, y lo mejor será que piense en algo rápidamente para poder salir de él.

La pantalla perdió brillo y se apagó cuando Hendrix cortó la conexión, y Dawson escuchó un suave silbido detrás suyo.

—Fiu —dijo suavemente Kodally—. Era un verdadero volcán.

—No tiene importancia —sonrió amargamente Dawson—. Puede quedarse ahora mismo con mi empleo si lo desea... y él lo sabe.

—Bueno, tenía razón. Los líos no han hecho mas que empezar.

—No pensé que las cosas sucedieran tan rápidamente —admitió Dawson—. No nos da tiempo para nada.

—¿Como habrán corrido las noticias?

Dawson se alzó de hombros.

—Puede haber sido en una docena de maneras distintas. De lo único que estoy seguro es que nadie sabe que esa gente son telépatas, excepto nosotros y la Comisión.

—¿Sirve eso para algo? —Kodally parecía asombrado.

Dawson se pasó cansadamente una mano por sobre los ojos.

—No, no creo que sirva.

—Así, ¿qué es lo que hacemos?

—Bueno —Dawson se alzó de la silla—. Para empezar, voy a irme a dormir. Tal vez tenga algún sueño divertido.

Durante una semana, Dawson vagó sin rumbo por la nave, considerando la situación. Tuvo conferencias diarias con Kodally y con Hennessey en un esfuerzo por hallar alguna forma en que salir de aquel lío. Llamó a los jefes de departamento y les preguntó si tenían alguna idea. No tenían ninguna. No podían irse de Jarnos; no se atrevían a arreglar las cosas a la fuerza; no podían hacer nada más que mirar y pensar.

—Uno no puede eliminar el conocimiento una vez ha sido adquirido

—señaló Hennessey un día—. Podrán usarlo tan pronto como les demos la espalda, o tan pronto como consideren que ya son lo bastante fuertes.

—¿No podríamos esperar a que se debatiese la moción de censura —sugirió Kodally—, y echarle todo el lío a los brazos del Consejo?

Dawson se rió huecamente.

—Me gustaría verle tratando de convencer a la Comisión Espacio para que hiciera eso.

—¿Por qué no podemos amenazarlos con un terrible desastre si hacen uso de lo que han aprendido?

—Paul —dijo pacientemente Dawson—. Ya le he explicado que no puede mentirle a un telépata. Sabe perfectamente que el Consejo jamás aprobaría un esquema así, y ellos lo sabrían también, en el momento que usted abriese la boca.

La conversación dio paso a un desagradable silencio, tal como había ocurrido con una docena de reuniones similares en la pasada semana.

—¿No se podrá? —dijo Dawson repentinamente.

—¿Eh? —dijo Kodally.

—¿No se podrá? —Dawson se sentó muy erguido, con una débil sonrisa en su rostro y una luz en sus ojos que faltaba desde hacía tiempo.

—¿No se podrá qué? —preguntó Hennessey.

—Engañar a un telépata —Dawson se puso en pie—. Paul, ¿qué clase de biblioteca tiene en esta nave?

–Bueno, una bastante completa. Grabaciones, libros, rollos de video. Dígame, ¿qu...?–¿ Habrá bastante cosa del incidente de Rhan?

–¿Cómo?

–Lo mencionamos el primer día que estuve a bordo, ¿se acuerda?

–Claro que me acuerdo. Supongo que sí que debe haber.

–Entonces, lléveme todo lo que haya a mi camarote, y dígale a Bonetti y Templer que vayan allí.

–¿Y yo? –preguntó suplicante Kodally.

Dawson se rió.

–Sí, creo que será mejor que también esté presente, Paul.

Siguieron varias semanas de furiosa actividad espoloneada por Dawson y Kodally, puntuada por frenéticas llamadas de Hendrix a medida que el tiempo pasaba inexorablemente. Y no es que le sirvieran de nada a Hendrix. El señor Dawson nunca podía atenderle.

La nave de mando y su tripulación se convirtió en una pequeña célula impenetrable que se guardaba su información para sí misma.

De lo único que se enteró Hendrix fue de que Dawson y Kodally habían salido de Jarnos en una nave exploradora y se dirigían hacia la Tierra, justamente un mes antes de la fecha dispuesta por el Consejo Galáctico para el debate de la moción de censura. Este viaje fue considerado por el asombrado y preocupado Hendrix y por los nada emocionales computadores de la Comisión

Espacio. A su debido tiempo, se añadió la información de que Dawson y Kodally se habían detenido brevemente en la sede central del Consejo, permanecido algunas horas, y luego habían partido de nuevo hacia la Tierra. Los archivos de la Comisión Espacio eran puestos al día, mientras subía la presión de Hendrix. Se alcanzó un clímax unos días después, cuando se supo que las mociones de censura luteriense y tracconiana habían sido retiradas y que se habían presentado disculpas tan falsas como profusas.

Posteriores investigaciones revelaron que la delegación terrestre en el Consejo había archivado un bien documentado tratado firmado por el gobierno jarnosiano aceptando la estricta supervisión de todo su desarrollo tecnológico por los agentes acreditados que nombrase el Consejo. El acuerdo también cubría asuntos comerciales, de prospección minera, y otra docena de facetas de relación comercial, en unos términos tan favorables que hasta los más expertos negociadores parpadearon sorprendidos.

Durante casi cinco semanas, Hendrix había estado diciendo:

—No sé nada.

Lo decía en tonos que iban desde el respetuoso hasta el airado, de acuerdo con el rango de la persona que le preguntase qué sucedía. La Comisión Espacio lo preguntaba día sí y día no. Al principio eran preguntas educadas, luego se convirtieron en frías inquisiciones, y últimamente habían degenerado al nivel de airadas órdenes. No servían para nada los esfuerzos de entrar en contacto con la nave exploradora, y el humor de Hendrix descendió a los abismos de lo primigenio cuando los días se convirtieron en semanas.

Su secretaria se tomó unas precipitadas vacaciones por motivos de salud, con la esperanza de que para cuando regresase el asunto habría estallado y Hendrix estaría de nuevo en su anterior

malhumor soportable. Fue durante sus primeros días de ausencia cuando se abrió suavemente la puerta de la oficina de Hendrix para admitir la feliz y alegre figura de Johnny Dawson seguida por la delgada, pero igualmente alegre forma de Paul Kodally.

Los enrojecidos ojos de Hendrix se desorbitaron en incrédula ira, y la mordisqueada colilla de un destrozado cigarro colgó precariamente del labio inferior de su abierta boca.

—Buenos días, jefe —dijo educadamente Dawson—. Le presento a Paul Kodally. Tuvo... hum... algo que ver en el asunto de Jarnos. ¿Le ha pasado algo a su secretaria? Es una pena, era una chica simpática. Hendrix casi hervía de ira; se puso en pie e hirvió aún más, y Dawson lanzó una ansiosa mirada a Kodally cuando su jefe comenzó a golpear el escritorio con un puño en un paroxismo de apasionamiento.

—¿Pasa algo, jefe?—preguntó.

—¿Algo? —aulló Hendrix—. De todos los cabezapodridas, estúpidos, badulaques, imbéciles... —Hendrix se derrumbó en la silla cuando le fallaron las palabras, y Dawson contempló su rostro púrpura con cierta inquietud.

—¿Se siente bien? —inquirió ansioso.

Toda la ira y emoción acumulada en las pasadas semanas se escaparon del cuerpo de Hendrix en un chorro de impotente frustración. Se quedó derrumbado en su escritorio como un globo vacío que repentinamente se queda sin aire. Miró suplicante a Dawson.

—Soy ya un viejo, Johnny, y no puedo soportar las cosas como antes. ¿Por qué no me llamó al salir de Jarnos?

Dawson sonrió.

—Bueno, no nos atrevimos a dejar escapar nada antes de haberlo arreglado todo. Corríamos el riesgo de que los luterienses y los tracconianos lograsen hacer algo si se enteraban de lo que estaba pasando.

—Pero pudo habérmelo hecho saber cuando entregó el tratado al Consejo.

Dawson frunció el entrecejo.

—No podía, jefe. Algo pasó con el sistema de transmisión de la nave —sonrió candorosamente—. Alguien apretó el botón equivocado o algo así.

Hendrix cerró los ojos como si rezase.

—No logro imaginarme quien pudo ser —Los abrió y contempló hoscamente a Dawson—. De acuerdo, ahora cuéntemelo todo. ¿Cómo salió de aquel lío y como logró que los jarnosianos firmasen el tratado?

—Fue bastante fácil en realidad, ¿no es así, Paul? —dijo Dawson.

Kodally le devolvió la sonrisa y asintió.

—Maldita sea—chilló Hendrix con un repentino estallido de su antiguo fuego— Me haré una corbata con sus guiñapos...

—De acuerdo, de acuerdo —Dawson alzó aplacadoramente una mano cuando reconoció los familiares signos de que su broma había ido muy lejos—. De verdad, fue bastante fácil una vez tuvimos la idea básica. ¿Se acuerda del truco que usamos para probar que las clases gobernantes eran telépatas?

—Lo llevo grabado indeleblemente en mi corazón —gimió Hendrix.

—Era el mismo problema. ¿Cómo le miente uno a un telépata? —Dawson se alzó de hombros—. La única forma en que se puede hacer es creyendo en algo tan absoluta y totalmente que el telépata pueda ver esa creencia en su mente... de esta forma se le puede convencer de cualquier cosa.

—Suenas aceptable —gruñó Hendrix—. ¿Qué hay de los detalles?

—La única forma en que uno puede hacer lo que acabo de describir —dijo Dawson—, es mediante hipnosis. Es una terapia básica para algunos desórdenes mentales, ya lo sabe. Los psiquiatras hipnotizan a la gente para que se creen lo que les es más conveniente...

—Por todos los cielos —rugió Hendrix—. No quiero una maldita conferencia. Dawson parpadeó y prosiguió: —Sí, bueno, hágase hipnotizar para creer lo que quiere que su telépata crea, y ya tendrá medio resuelto su problema. Tomé el incidente de Rhan porque era bastante comparable con el asunto de Jarnos, a grandes rasgos. Primero, teníamos una raza recién descubierta, segundo, teníamos el conocimiento de contrabando, tercero, tuvimos un estallido galáctico del que salieron las leyes de contrabando.

—Seguro, ya sé todo eso —dijo impacientemente Hendrix—. Pero el incidente de Rhan fue causado por influencia exterior. Dawson se rió.

—Los jarnosianos no sabían esto. Paul y yo hicimos que todas las grabaciones, libros y películas del incidente de Rhan fueran preparados de forma que pareciese paralelo al asunto de Jarnos. Luego, les enseñamos a los dirigentes jarnosianos lo que les había pasado a los rhanitas cuando trataron de comerse a toda la galaxia. —Dawson hizo una mueca—. La cosa no era demasiado alegre cuando hubimos terminado de prepararla.

—Pero eso tuvo lugar hace cuatro siglos —objetó Hendrix.

—Le quitamos un cero y dijimos cuatro décadas —intervino Kodally suavemente. —¿Y se lo creyeron? —Nos lo creíamos hasta nosotros después de algunas sesiones de impulsos hipnóticos —replicó Dawson—. Las grabaciones y películas del incidente de Rhan les convencieron de que aplastaríamos su mundo si proseguían con lo que planeaban.

—¿Estaban planeando lo que usted temía? —preguntó Hendrix.

—De eso no caben muchas dudas —admitió Dawson.

—Destruyeron todo lo que habían desarrollado a partir de sus incursiones mentales —dijo Kodally.

—Y prácticamente nos suplicaron que les dejásemos firmar el tratado que habíamos preparado —añadió Dawson.

Hendrix sonrió como un querubín contemplando un racimo de uvas.

—Hay una cosa buena en usted. Johnny —ronroneó—. Siempre obtiene resultados. —Rió, perdonándole—. Entre usted y yo, le diré que voy a creerme su historia acerca de la avería en las comunicaciones de la nave.

—Muchas gracias —dijo Dawson.

—Y además le conseguiré unas largas vacaciones. La Comisión estará muy complacida con mi departamento cuando les pase un informe —prosiguió generoso Hendrix.

Dawson se alzó lentamente de la silla.

—Bueno, no sé si lo estarán mucho —dijo dubitativo.

La sonrisa desapareció del rostro de Hendrix.

—¿Por qué no? —preguntó.

—¿Acaso no se ha enterado?

—¿Enterado de qué? —rechinó amenazadoramente Hendrix.

—Tal vez estén tratando de mantenerlo en silencio.

—¿En silencio qué? —aulló Hendrix—. Dawson, le conozco. ¿De qué infiernos está hablando?

—¿Yo... nosotros... hum... entregamos el tratado sin que lo estudiaran mucho —dijo embarazado Dawson—. Yo no lo supe hasta que nos lo señalaron luego, pero los acuerdos con razas subdesarrolladas que están en el proceso de una investigación preliminar están controlados por las leyes de explotación.

Hubo un silencio mortal.

—Me imagino —prosiguió Dawson— que en estos momentos los luterienses y los tracconianos se están enterando exactamente de lo que pasó en Jarnos, y no creo que pierdan mucho tiempo en írselo a contar a los jarnosianos —Miró pensativamente a su superior—. Probablemente averiguarán muy rápidamente que tienen un caso muy defendible bajo las leyes de explotación. Se dirigió lentamente hacia la puerta, seguido de cerca por Kodally.

—¡Uh! Bueno, me ha alegrado volverlo a ver otra vez, jefe. Ya vendré de nuevo cuando haya tenido esas vacaciones que me prometió.

Dawson y Kodally estaban ya seguros en el corredor cuando les llegaron los sonidos que parecían ser de un toro mugiendo. —No se lo creerá, Paul —dijo alegremente Dawson—, pero se supone que la oficina de Hendrix es a prueba de ruidos.

robert f. young

**el
jardín
en el
bosque**

Robert F. Young es considerado dentro de la ciencia ficción como un segundo Bradbury, por la emotiva poesía que sabe insuflar a gran parte de sus relatos (cuando no los reviste de un terrible sentido del humor). En esta historia, Young vuelve por pasiva la oración del tema de este volumen. Hay un contacto con alienígenas, es cierto... pero visto desde el otro lado del prisma. Y hay también una terrible decisión a tomar. Y, finalmente, con la poesía que le es habitual, Young nos presenta a un personaje que es favorito en gran numero de sus relatos: una niña...

DE: Administrador de Culturas Alienígenas

Central Estelar

Sosterich III

A: Ghan, Arbitrador Supremo

Centro de Parapsicología

Sosterich IV

MOTIVO: La Oficina de Investigación del Perímetro informa que la cultura en el Grupo Estelar 206 ha entrado en la Fase Nueve. *Las culturas de Fase Nueve están basadas en el temor, son inestables, y usualmente son inmunes a los estímulos regenerativos.* (Ref.: PAUTAS EVOLUCIONARIAS TEÓRICAS, Versión Oficial, Biblioteca del I. S.)

DETALLE: Es decisión, cuidadosamente meditada, de la Oficina de Investigación del Perímetro el que la cultura de que se trata constituye una amenaza para la Seguridad Galáctica. Por consiguiente, la única solución lógica es la extirpación inmediata. No obstante, dado que nunca se ha sabido de la existencia de una cultura que sobrepasase la Fase Ocho, no se conoce precedente para una tal medida, por lo que resulta necesaria la autorización del Arbitrador Supremo.

PETICIÓN: Que el Arbitrador Supremo examine personalmente la cultura citada y remita su informe a esta Central Estelar,

añadiendo su autorización en el caso de que su decisión coincidiera con la que ha resuelto la Oficina de Investigación del Perímetro, o con su recomendación para un planteamiento de acción alternativo en caso contrario. Las deformaciones cuatridimensionales del espacio no implican distorsiones temporales ni objetivas ni subjetivas. Por consiguiente, la transición de Ghan no solo pareció instantánea sino que fue instantánea.

Dado que el tipo de investigación que pensaba llevar a cabo obtenía usualmente unos resultados más significativos cuando era llevada a cabo sin previa planificación, había escogido su punto de llegada al azar. Por lo tanto, ni le sorprendió ni le molestó el materializarse en un campo cubierto de nieve. A lo más, sintió una cierta satisfacción por haber caído en una zona cuyo clima recordaba al verano de Sosterich IV.

Un pequeño grupo de edificios se recortaba contra el telón de fondo que era el cielo del atardecer. Comenzó a andar, atravesando los campos, dirigiéndose hacia ellos. El terreno no ofrecía nada digno de interés: algunos montones de troncos, una o dos colinas erosionadas. Finalmente llegó a un sendero serpenteante y, dado que ofrecía una base mejor para deambular, lo prefirió a una ruta más directa. Naturalmente, podía haberse teleportado, pero en una misión como esta valía más obrar con circunspección, al menos hasta que hubiese completado su orientación inicial.

El grupo de edificios se concretó en una estructura roja predominante, otra más pequeña de color blanco, y varias otras de diversas formas. Ghan las identificó tentativamente con sus equivalentes verbales, extrayéndolos de uno de los idiomas que había asimilado poco antes de partir: un establo, una casa, un gallinero o pocilga de alguna clase, un...

No tenía concepto para la pequeña estructura esquelética situada a su lado. Era un complicado andamio envuelto por filamentos

espinosos. Se alzaba en un área de pequeñas colinas ovaladas y senderos geométricos. Al primer momento le pareció una base práctica de operaciones. El hecho de que no ofreciera ninguna protección contra los elementos era inconsecuente.

Penetró en el interior y halló un banco y una pequeña mesa. Colocó su transmisor portátil sobre la mesa y se sentó en el banco. Con esto no necesitaba más para su base.

Antes de intensificar su campo telepático llevó a cabo un sondeo de rutina en los edificios cercanos. Todos contenían vida sentiente, pero tan solo la casa contenía vida del tipo que le interesaba. Sin embargo, no se detuvo a examinarla. Era más importante el comprobar primero si se hallaba situado en un área que contuviese los suficientes especímenes como para que el análisis de una muestra fuera válido.

Inició la intensificación.

El proceso no era enervante. Un telépata de la habilidad de Ghan podía intensificar durante períodos casi ilimitados sin sufrir efectos perjudiciales. Pero, para alcanzar el grado de concentración necesario la perfección física exterior debía ser sacrificada.

Su campo se expandió en ondas concéntricas. Al principio tan sólo encontró vida sentiente en casos aislados, luego en una concentración superior, y finalmente en masa. Enfocó.

Una ciudad. Compleja, vasta, superpoblada. Una jungla pletórica de pautas mentales se alzó ante él, y seleccionó una al azar para un sondeo experimental de transferencia.

En el sistema de Sosterich, y en un menor grado en las desparramadas satrapías sosteriches, la telepatía era un arte altamente especializado. Era una lectura del pensamiento

combinada con un análisis *más* una interpretación simbólica. El proceso era instantáneo. Cuando Ghan investigaba a un sujeto, lo hacía participando en una representación dramática de su carácter.

Su primer sujeto fue un hombre. El símbolo dominante era un bosque. Era un bosque melancólico, exuberante, enredado, oscuro. El hombre iba caminando a lo largo de un sendero vagamente definido, deteniéndose a menudo para dar un vistazo por encima de su hombro. Y aunque todo lo que veía siempre era un impasible arabesco de ramas y follaje, estaba totalmente seguro de ser seguido.

El sendero llevaba a alguna parte, pero el hombre no sabía a donde. El hombre odiaba al bosque. Odiaba los escabrosos árboles con sus hambrientas hojas que devoraban la luz del sol, dejándole tan solo unas pálidas sobras con las que iluminar su camino a lo largo del sendero. Deseaba volverse por donde había venido, pero tenía miedo. Estaba seguro que en algún punto del camino que ya había recorrido existía un claro, un claro iluminado por la cálida luz solar. Lo único que deseaba era volverlo a encontrar de nuevo, pero sabía que nunca lo hallaría a menos que regresase hacia atrás. Y, sin embargo, todo lo que podía hacer era seguir trastabilleando hacia adelante, esperando que el sendero no siguiese una línea totalmente recta, esperando que se curvase en un amplio círculo para regresar al claro; y si lo hacía, si volvía a hallar aquel cálido lugar seguro iluminado por el sol, el hombre se prometía a sí mismo que se quedaría allí para siempre...

Ghan se desconectó. Un momento antes había sido de la opinión de que la Oficina de Investigación del Perímetro había emitido un juicio precipitado. Le había sido difícil el aceptar la existencia de una cultura de Fase Nueve como algo más que una teoría.

Ya no le resultaba tan difícil aceptarlo.

Hoscamente, buscó otro sujeto. Pero, por alguna razón, tenía dificultades para concentrarse. Un pensamiento discordante insistía en entrometerse, disturbando su enfoque. Era un extraño pensamiento de asombro que emanaba de una fuente que se hallaba lejana y a la vez cercana. Molesto, disminuyó la intensidad de su campo hasta un mínimo. El pensamiento le llegó entonces con claridad: *¿Quién eres?*

Una pequeña hembra de la especie estaba en pie justo en frente de la entrada de su base. Ghan se fijó entonces en los dos enormes ojos azules. Durante algún tiempo no pudo fijarse en otra cosa. Los ojos eran algo sin importancia para la sociedad de Sosterich: eran simplemente unos órganos eficientes que cumplían con su función y nada más. Naturalmente, eran de diversos colores: a menudo eran verdes, en ocasiones amarillos, y en menos casos marrones.

Pero nunca azules.

Al fin se dio cuenta de que esos ojos formaban parte de una redonda cara blanca enmarcada por un pálido cabello amarillo. El pensamiento llegó de nuevo, y esta vez vio el movimiento de los labios y oyó el sonido que lo acompañaba.

—¿Quién eres?

Soy *Ghan*, telepato.

—¿Ghan? ¡Qué nombre tan raro! Pero, ¿qué es lo que estás haciendo en la glorieta de mi madre?

Era una pregunta inesperada derivada de una situación inesperada. Ghan estaba irritado consigo mismo. Se felicitaba casi tanto por su propia eficiencia como por su objetividad, pero por una vez había olvidado algo.

Aunque tal vez hubiera sido más correcto decir que había dejado de «imaginar» algo, ya que, después de todo, estaba investigando una cultura de Fase Nueve; y la idea de que un Escudo Ptsor no funcionase en una de esas culturas era, a primera vista, fantástica.

Pero no resultaba tan fantástica si se la examinaba con detenimiento. El Escudo emitía una serie constante de ondas negativas: una incesante repetición de la idea de *inexistencia*. Todo lo que necesitaba para funcionar era una cultura egocéntrica, cuyos individuos *deseasen* creer precisamente lo que el Escudo les decía una y otra vez: que la forma extraña de vida registrada en sus retinas no era real.

El geocentrismo es una parte integral de una cultura de Fase Nueve. Pero, no obstante, el geocentrismo es una inmadurez de los maduros, y aún en una cultura de Fase Nueve existen ciertos individuos que aún no han adquirido esa facilidad en la manipulación de la lógica trascendental que les permite contemplar fenómenos molestos, y o bien reemplazarlos por otros más agradables, o bien rechazarlos por completo.

—No puedes quedarte ahí, ¿sabes? —dijo la niña situada frente a la entrada.

¿Crees que a tu madre le molestaría?

—Creo que sí. Además, no creo que tú le gustases. Llevas una ropa tan rara. ¡Y tu cabello! ¡Es tan largo! ¿Y por qué crece en los lados de tu cabeza en vez de en lo alto?

Ghan recapacitó durante unos momentos. Aunque la diminuta criatura que se hallaba frente a él no presentaba un obstáculo muy serio a su investigación, era un problema en cualquier caso. Si deseaba proseguir su trabajo con un máximo de eficiencia,

tendría que hallar alguna forma mediante la cual le impidiese intuir en su campo telepático.

Una forma sería contarle la verdad. Esto serviría para dos cosas: si le creía, su curiosidad quedaría satisfecha, y si repetía lo que le dijese a un adulto, su historia sería desmentida inmediatamente.

—Me diferencio de tí en muchas cosas —dijo, hablando en voz alta para obtener más efecto—. Vengo de otra estrella.

La niñita lo contempló calmosamente con sus ojos azules muy abiertos.

—¿Qué estrella? —preguntó.

—Está tan lejana que no puedes verla desde este mundo... —Hizo una pausa, contemplando su rostro, esperando que reflejase la sorpresa que debía estar experimentando. Pero su rostro permaneció sereno y sus ojos continuaron mirándolo con calma desde las azules profundidades de su mente.

—Pero no puedes ser *tan* diferente —dijo ella al cabo de un rato—. Aunque vengas de otra estrella y tengas un cabello raro y hables en forma extraña, en el interior debes de ser como el resto de la gente.

—No exactamente —dijo Ghan.

—Quiero decir que debes tener un corazón, y debe haber un sitio en tu mente en donde pienses, y...

—No tengo corazón. En el mundo en que vivo funcionamos de otra forma. Nosotros... —Sus palabras se perdieron en el aire. Los ojos de la niña, que él había supuesto abiertos al máximo, se habían hecho aún más grandes.

—Pero *tienes* que tener un corazón.

—Pues no lo tengo. En mi mundo...

—*Todo el mundo* tiene un corazón.

—No... —Hizo una pausa. Los ojos azules habían pasado a otra fase inesperada. Una niebla los oscurecía y en sus comisuras se habían empezado a formar unas minúsculas gotitas. Entonces, por primera vez en su vida, Ghan se quedó asombrado.

La niña se giró y escapó corriendo.

La siguió con la mirada hasta que la ocultó un ángulo de la granja, y durante un rato consideró la idea de investigar su mente. Decidió no hacerlo. Su propósito original había sido simplemente el deshacerse de ella. No importaba si esto había sido conseguido por casualidad. Lo que importaba es que ahora quedaba libre para proseguir su investigación sin interrupciones.

Además, una simple curiosidad no era adecuada para un Arbitrador Supremo.

La nieve de alrededor de la glorieta había tomado la coloración azulada del anochecer. La temperatura había descendido perceptiblemente, y a Ghan esto le recordaba las frescas noches de verano de Sosterich IV. Por un momento de abandono deseó estar de vuelta allí, reclinado en el patio de su villa del río, contemplando las heladas estrellas y discurriendo obtusas filosofías.

La nostalgia era tan poco adecuada para el Arbitrador Supremo como la simple curiosidad. Molesto consigo mismo, la apartó y comenzó a intensificar su campo. Esta vez no usó sondeos de transposición. Tan pronto como hubo establecido el foco, se teleportó.

El caótico cañón en el que se materializó le produjo al principio una sensación de desmayo, pero era un veterano en los habitats de muchas civilizaciones, y se ajustó sin demasiado trabajo. Se refugió en una oscura entrada, apartándose del contacto físico con las aplastantes masas de humanos y vehículos que llenaban el fondo del cañón, y se preparó para el primer sondeo.

Un hombre de mediana edad llegó por la calle. De su forma de caminar se desprendía una visible confianza, confianza que estaba también reflejada en su apuesto y bien conservado rostro. Cuando pasó al lado de la entrada, Ghan se introdujo en su mente.

El hombre estaba escalando una escarpada montaña. Era ágil y de pisada segura, y encontraba asideros en los lugares más imposibles. Subía más y más arriba, mirando resueltamente a la imponente pared que se alzaba frente a él. Al fin, se detuvo para descansar. Entonces miró hacia abajo, y muy atrás en la ladera vio a otro hombre. Un odio incontrolable lo invadió. Miró salvajemente a su alrededor, buscando un arma: una roca, una piedra, hasta un palo; cualquier cosa que pudiera lanzar contra el hombre de allá abajo. Pero la pared de la montaña era completamente lisa y no le ofrecía nada de esto.

Antes de volver a iniciar su escalada, el hombre miró hacia arriba. La montaña subía hasta el cielo. El sol brillaba fríamente en su lisa superficie pulimentada. No tenía salientes en los que un hombre pudiera hacer una pausa para descansar; era un obelisco sin fin, una eternidad perpendicular.

El hombre comenzó a ascender de nuevo. Frenéticamente, desesperadamente...

Un viejo con rostro cansado pasó trabajosamente al lado de la entrada. Ghan sondeó de nuevo:

Estaba descendiendo por una escalera decrepita hacia un pozo

lleno de ruidos. (Después de uno o dos sondeos, ya era posible una total identificación con el sujeto.) Notaba el roce de animales peludos contra sus piernas y un continuo chirriar obsceno. No deseaba bajar por la escalera; el solo pensamiento de lo que le esperaba abajo le llenaba de un innombrable terror; y sin embargo continuaba descendiendo, hacia abajo, hacia abajo, siempre hacia abajo, y ahora notaba unas frías y babosas criaturas cruzándole por entre las piernas, y abruptamente se oyó un chasquido cuando uno de los escalones cedió bajo su peso, y vaciló, y casi cayó en las repugnantes profundidades estigias...

Una mujer pasó... Tras la escalera, la cálida y espaciosa habitación parecía tranquila y segura; pero eso no duró mucho, pues pronto se dio cuenta de una retorcida fisura que desfiguraba una de las paredes color rosa y, huyendo de la fisura hacia una indefinida puerta, casi cayó en una áspera fosa que se abría bostezante en la alfombra rojo sangre. En alguna forma logró evitar la fosa pero, cuando buscó de nuevo la puerta, esta había desaparecido...

Un joven cruzó caminando con paso firme... Otra montaña, pero esta vez de suave pendiente. La parte inferior de la ladera estaba cubierta por verde césped y las altas cimas, cubiertas de bosques, subían dulcemente hacia un cielo azul y sin nubes. Era por la mañana y un sol de verano calentaba su espalda.

Tres mujeres lo estaban siguiendo. De vez en cuando se detenía en su ascenso y miraba hacia atrás para verlas. La primera tenía un cabello oscuro desgreñado y bellas piernas torneadas, pero no tenía rostro. La segunda era medio quimera, medio realidad: la mayor parte del tiempo era una silueta gris, pero en ocasiones la silueta se convertía en un cuerpo voluptuoso y un rostro bello y contrito.

La tercera era una sombra tenue...

Ya amanecía cuando Ghan regresó a la glorieta. Se sentó por largo rato en el banco, mirando al cielo por entre los intersticios del enramado del techo. Este era al principio gris, pero al rato ese gris se dulcificó sutilmente hasta hacerse rosa, y luego azul acuoso. Finalmente los primeros pálidos rayos del sol aparecieron por encima de las onduladas crestas de una hilera de colinas, y serpentearon a través de los campos.

Entonces oyó voces, y captó vagas composiciones mentales. Y aparecieron tres figuras dando la vuelta al ángulo de la granja, aproximándose a la glorieta. Una de ellas era la niña que había escapado el día anterior. Las otras dos eran adultos: una mujer pálida y delgada y un hombre alto que llevaba una escopeta de dos cañones.

—¡Ahí lo tenéis! —dijo la niña cuando se detuvieron frente a la puerta— ¡Ahora tendréis que creerme!

La mujer y el hombre miraron al interior. Miraron el banco, la mesa, el transmisor (el transmisor era un tesseract, tan invisible para los seres tridimensionales como un cubo lo sería para otros bidimensionales). Miraron a Ghan.

—Pero Alicia —dijo la mujer—, si aquí no hay nadie.

—¡Sí que lo hay, mamá! ¿No puedes verlo? ¡Estás justo delante! Ha venido desde una estrella y no tiene corazón y a veces casi no se le puede oír por lo bajito que habla y...

—¡Alicia! Ya basta. Te estás imaginando todo eso.

—¡No lo estoy imaginando! —la niña estaba llorando.

El rostro de la mujer reflejó una expresión de asombro. Ghan se introdujo rápidamente en su mente... Había un bosque, oscuro y ubérrimo, y estaba dando traspiés por un sendero descuidado. No sabía a qué lugar iba el camino, pero tendría que sacarla del

bosque si seguía por él. El bosque no podía durar siempre. Hacía mucho tiempo había existido un claro en el bosque... ¿o había sido un jardín..? no podía recordarlo. Pero una vez lo había encontrado, eso era seguro, y ahora deseaba volverlo a encontrar. Era lo que más deseaba en este mundo, pues odiaba el bosque con su pálida hojarasca enfermiza y sus repelentes enredaderas serpenteantes; odiaba el bosque durante el día, pero aún lo odiaba más por la noche, cuando era imposible ver, cuando no era posible hallar los senderos, ni siquiera aquellas imitaciones descuidadas de caminos que no llevaban a ninguna parte, y tenía que permanecer entre las tenebrosas sombras, en la obscuridad abisal, en la solitaria noche...

La niña estaba llorando todavía, y la mujer la tomó de la mano y se la llevó. El hombre se quedó de pie, impasible, con el arma colgando bajo el brazo. Tenía un rostro enjuto, curtido por el viento, y unos ojos grises acuosos. Ghan lo sondeó mientras se hallaba allí, no esperando encontrar, y no encontrando, una desviación apreciable de la norma general que habían establecido sus anteriores sondeos.

En sí mismo, el símbolo era, quizá, algo más yermo que los otros. Esencialmente, era una llanura monótona y sin accidentes. No había montañas, ni siquiera había colinas. Se hallaba inmóvil de pie en el centro de interminables kilómetros vacíos, bajo un interminable cielo vacío. Soplaban un suave viento, un viento frío. Tenía nebulosos recuerdos de otro viento, uno mucho más cálido; pero aquel había soplado hacía ya tanto que se había olvidado de lo que había sentido entonces y, de cualquier forma, el viento frío no era tan malo, una vez que uno se acostumbraba a él...

Tras un rato, el hombre se giró y siguió a la mujer y la niña. El ángulo de la granja lo ocultó, y Ghan volvió a fijar su atención en el cielo.

Era un cielo tan magnífico que costaba comprender como podía ocurrir algo malo bajo él. El objeto de la vida es morir con dignidad, pensó Ghan, recordando el simple credo de conducta de Sosterich. Bajo un cielo como este, hasta el más inculto de los salvajes debería de ser capaz de alcanzar este ideal.

Pero no le era posible hacerlo a un salvaje semiculto. A un bárbaro de Fase Nueve.

No a una civilización alveolada por el miedo. No a una raza de gentes dominadas por el miedo: miedo-a-los-demás, miedo-a-sí-mismos, miedo-a-lo-desconocido. Porque el miedo destruye la compasión y favorece el odio y la miseria. El miedo es el cómplice de la violencia, el asesino de la paz.

En un contexto planetario, el peligro de una tal civilización era tremendo; en un contexto galáctico, inconmensurable.

No tenía sentido el proseguir la investigación. Ghan fue a tomar el transmisor. Sus dedos tentaculares buscaron su diminuto activador.

No tenía sentido, pero...

Nunca había visto destruir una civilización. Todas las anteriormente analizadas habían demostrado tener al menos una característica que las redimía, presentado al menos un área de tejido sano en la que podía ser inyectada una filosofía curativa.

Nunca había visto destruir una civilización, y se daba cuenta, con prístina claridad, de que no deseaba ver nunca destruir una; y que, sobre todo, no deseaba tener parte en la destrucción de esta.

Tal vez, en algún lugar, existiera ese tejido sano. Tal vez, si lo buscaba bien, lo pudiera hallar.

Sus dedos se apartaron del transmisor. Comenzó a expandir su

campo.

Otro caótico cañón. Era muy similar al anterior, aunque parecía que en él aún había más confusión; pero esto se debía probablemente a la hora del día. Tuvo dificultades para hallar un lugar adecuado, pero finalmente se estableció en un callejón poco frecuentado.

Sus primeros dos sujetos eran escaladores de montañas. En cada caso, la motivación del temor era típicamente predominante. Su tercer sujeto presentaba una forma curiosamente recurrente: el símbolo del bosque, con el vago recuerdo de un claro que, en algunos casos, tenía aspectos de jardín y en otros de pradera cubierta de césped.

Los tres sujetos siguientes eran otra vez escaladores de montañas. Desesperado, Ghan probó otro sector de la ciudad.

Y otro...

Montañas y bosques y jardines vagamente recordados, y miedo y odio y asombro...

Un hombre alto de noble rostro pasó junto al lugar donde estaba Ghan... Había una gran llanura cubierta por estatuas monolíticas. Caminaba a través de la llanura, por entre el laberinto de estatuas, inclinándose frente a casi todas ellas, besando los pies de piedra de algunas. En la distancia, un gran obelisco apuntaba hacia el cielo, con su cúspide medio obscurecida por las nubes. Era blanco, brillante y bello.

Aquí, finalmente, había una posibilidad, pensó Ghan.

En breve, el hombre se dio cuenta de que no estaba solo en la llanura. Había un vago movimiento a su alrededor, y en una ocasión se encontró con otro hombre adorando. Rápidamente se deslizó tras otra estatua, le besó rápidamente los pies, y entonces

se apresuró en dar un amplio rodeo, inclinándose y arrodillándose y besando, alrededor del otro hombre. Respiró más tranquilo cuando estuvo seguro de que le llevaba delantera, pero cuando miró de nuevo al obelisco se hallaba tan lejano como antes, tan remoto.

La propia mente de Ghan se había transformado en una estepa ártica. Por un momento el símbolo había logrado engañarle, pero tan solo por un momento. El símbolo era simplemente otra montaña: una montaña bidimensional. El obstáculo no era la altura, sino el ceremonial; el objetivo era también el dominio, pero estaba enmascarado como una apoteosis.

Y el factor motivacional era el mismo: *el miedo*.

Regresó a la glorieta.

Era por la tarde y un ligero viento estaba llegando por los blancos campos. El cielo todavía estaba azul y claro. Se adelantó hacia el transmisor y sus dedos buscaron de nuevo el diminuto activador. Pero se detuvieron.

Al lado del transmisor había un trozo de papel doblado, sujeto con una piedra. Extrañado, lo tomó. En su cara exterior, trabajosamente escritas, estaban las palabras: «Señor Gan».

Desdobló el papel.

A lo largo de sus bordes habían una serie de curiosos dibujos laboriosamente realizados con lápiz. A primera vista parecían no ser más que círculos mal hechos, con una muesca en la parte de arriba y alargados por la de abajo. Pero cada uno de ellos había sido rellenado con lápiz de color rojo intenso, y cada uno de ellos estaba marcado, para que no quedara lugar a dudas, con la palabra «corasón». En el centro del papel había otro, mucho más

grande, aunque indudablemente del mismo tipo. Este no estaba coloreado, pero en su interior habían varias líneas de palabras cuidadosamente escritas:

Siento ke no tengas corasen. Mi

mamá dize que te imagino, pero se

ke eres real y me eres simpático.

¿Kieres ser mi amigo?

Durante largo tiempo, Ghan permaneció inmóvil en la glorieta. El viento de febrero que llegaba por encima de los campos invernales agitaba los zarcillos del rosal y le enmarañaba los cilios. El trozo de papel que tenía en la mano aleteaba de vez en cuando y, cada vez que oía su sonido, miraba a los corazones color carmín y a las sencillas palabras.

Finalmente, se alzó y caminó por sobre los surcos muertos del jardín del pasado verano hacia los edificios. Dio la vuelta al ángulo de la granja y se aproximó a la pequeña vivienda blanca situada detrás.

La niñita estaba de pie en los escalones del porche, hablando seriamente con una desmañada muñeca que había colocado sobre la barandilla. No se dio cuenta de que se acercaba y él se detuvo a una cierta distancia de ella, quedándose quieto sobre la nieve.

Esperó hasta que se giró y le vio, y entonces se introdujo por el azul de sus ojos.

El claro era un jardín. Había bellos parterres multicolores y senderos verdes. Había fuentes de alabastro y el cantarín sonido del agua. Había luz del sol y cálido aire veraniego.

Caminó suavemente por el jardín. Llegó a un arroyo de agua azul, con un delicado puente que hacía un arco sobre él. Subió al puente y miró hacia abajo, a la cristalina y mansa agua. Un azulejo voló desde una nube blanca y se le posó en el hombro.

Desde el puente podía ver el bosque. Era un bosque oscuro e impresionante, y crecía fértil a todo alrededor del jardín. Mientras lo miraba pareció acercarse, y de repente el azulejo se fue volando de su hombro...

La niña lo estaba mirando solemnemente.

—Vine a darte las gracias por tu carta —dijo Ghan—. Es muy hermosa.

—Te habías ido y no sabía si volverías —le contestó la niña—. Pero la dejé por si acaso. ¿Te vas a ir otra vez?

—No —dijo Ghan—. Me quedaré bastante tiempo.

* * *

DE: Ghan, Arbitrador Supremo

Base de Campo 1

Sol III

A: Administrador de Culturas Alienígenas

Central Estelar

Sosterich III

MOTIVO: Cualquier cuerpo de gobierno, en orden a lograr un juicio objetivo y en orden a tener el derecho a eliminar civilizaciones en su totalidad, o en parte, como consecuencia de aquel juicio, debe de poseer dos cualidades sine qua non: 1) Divinidad; 2) Omnisciencia. Es la opinión considerada del Arbitrador Supremo que el presente cuerpo de gobierno de Sosterich no posee ni la cualidad 1) ni la cualidad 2).

Es también opinión considerada del Arbitrador Supremo que la rama del presente cuerpo de gobierno de Sosterich conocida como Administración de Culturas Alienígenas es porfiada, impetuosa e indigna de confianza; y que la subdivisión de la Administración de Culturas Alienígenas conocida como Oficina de Investigación del Perímetro es incapaz de ver un micromilímetro más allá de los proboscis colectivas de sus colectivos rostros.

DETALLE: La Federación de Sosterich es la civilización más antigua conocida en la Galaxia, y sin embargo, en el mismo apogeo de su madurez intelectual, se ha olvidado aparentemente de la básica verdad de que el futuro de una raza no debe de ser extrapolado de las mentes de aquellos que la administran hoy, sino de las mentes de quienes serán sus administradores mañana.

El futuro potencial de Sol III no tiene nada que ver con su aterrador presente.

Sus futuros administradores esperan ser guiados por nosotros.

PETICIÓN: 1) Que el actual Arbitrador Supremo sea transferido a la Oficina de Guía de Alienígenas y,

2) Que sea destinado inmediatamente a trabajar en Sol III.

DE: Administrador de Culturas Alienígenas

Central Estelar

Sosterich III

A: Ghan, Director de Guía de Alienígenas

(Prov.)

Centro de Guía I

Sol III

MOTIVO: DETALLE: Petición aceptada.

l. sprague de camp

cuestión

de

costumbres

El nombre de L. Sprague de Camp está unido al de Robert E. Howard y su serie «Conan», al de Lovecraft, y a la fantasía heroica, donde ha conseguido fama universal. Pero es también uno de los pilares de la ciencia ficción americana, en la que empezó con Schuyler Miller, fue compañero en el ejército de Asimov y Heinlein, y tiene en su haber una importante obra literaria. En este relato, suavemente irónico, irresistiblemente divertido, de Camp nos dice que los contactos con alienígenas no han de producirse necesariamente en otros mundos, sino también en el nuestro. Imaginemos, nos plantea, una conferencia interplanetaria a celebrar aquí en la Tierra. Vendrán muchos delegados de muchos mundos, cada cual con su propia idiosincrasia, sus costumbres... y su medio ambiente. Esto, evidentemente, traerá un buen número de complicaciones...

Rajendra Jaipal, oficial de enlace de la Delegación Terrestre en los Planetas Asociados, dijo fluentemente pero con un fuerte acento indostaní:

—De persona a persona, por favor... Quiero hablar con Milán Reid, en Parthia 6-0711, Parthia, Pennsylvania... Eso es.

Mientras esperaba, Jaipal contempló el teléfono como si fuera una mala hierba que hubiera invadido su jardín. Antimecanista convencido, contemplaba la mayor parte de los artefactos del mundo occidental con aire hosco, suspicaz y entristecido.

—Su comunicación —dijo el teléfono.

—¿Aló, Milán? —dijo Jaipal—. Habla R. J. ¿Cómo estás?... Oh, no mucho peor de lo habitual. Millones de llamadas que hacer, cartas que escribir y manos que apretar. ¡Uh! Ahora, escucha. El ferrocarril nos ha dado dos vagones-cama y un furgón especiales para ir desde Newhaven a Filadelfia. Subiremos a esos delegados, al tren el viernes por la tarde, y una locomotora recogerá los vagones y los dejará en la calle Treinta a las siete y media del sábado por la mañana. ¿Lo has entendido? A las siete treinta de la mañana, con las diferencias horarias. Apúntalo, por favor. Tendrás que tener a tu gente allí para recogerlos. El furgón contendrá a los forellianos, pues son demasiado grandes para caber en los vagones-cama. Tendrás que tener un camión esperando en la estación por ellos. ¿Qué tal van las cosas por ahí?

Una voz quejumbrosa dijo:

—La señora Kress se puso enferma, así que como subdirector del Comité de Hospitalidad tengo que... hacer todo el trabajo, correr de un lado a otro, e ir estrechando manos. Me gustaría haber sabido en lo que me estaba metiendo.

—Si crees que tienes motivos para quejarte, deberías tener mi

empleo. ¿Tienes esa carta con la lista de los delegados?

—Sí... esto... aquí mismo.

—Bueno, tacha los moorianos y los koslovianos, pero añade otro oshidano.

—¿Cómo se llama?

—Zla-bzam Ksan-rdup.

—¿Podrías deletreármelo?

Jaipal lo deletreó.

—¿Lo tienes?

—Aja. Te... ¿te quedarás con nosotros?

—Lo lamento, pero no puedo ir.

—Vaya. Louise y yo esperábamos que, vinieses —la voz sonaba dolorida. Jaipal había conocido a los Reid cuando una visita de fin de semana similar había sido preparada con las familias de Ardmore. Jaipal y Reid se habían simpatizado mutuamente, de inmediato, por su común desprecio hacia el resto del mundo.

—Yo también lo deseaba —dijo Jaipal—. Pero va a llegar una nave de Sirio el sábado. Bueno, hay una pareja que quiero asignarte especialmente a tí. —¿Quiénes?

—Los osmanianos.

Hubo un crujir de papeles mientras Reid consultaba la lista.

—El señor y la señora Sterga.

—Sí, o sea Sterga y Thvi. Sin hijos.

—¿Cómo son?

—Algo así como pulpos, o quizá sería mejor decir ciempiés.

—Hum. Eso no suena bien. ¿Hablan?

—Mejor que nosotros. Tienen... ¿cómo se dice?: un don natural para las lenguas.

—¿Por qué quieres que me ocupe yo personalmente de ellos?

—Porque —explicó Jaipal— su planeta tiene elementos transuránicos naturales en grandes cantidades, y estamos negociando una concesión minera. Es un asunto muy delicado, y no me gustaría que los Sterga fueran a caer en malas manos, como... ¿quién era ese bufón estúpido que conocí en casa de los Kresses?

—¿Charlie Ziegler?

—Ese mismo —Jaipal dio un resoplido ante el recuerdo de Ziegler anudándose una servilleta alrededor de la cabeza y haciendo de hindú de opereta. Como Jaipal no tenía sentido del humor, los rugidos de los otros invitados ante las bromas de Ziegler solo habían servido para echarle sal en las heridas—. Esa gente no sirve en lo más mínimo como anfitriones. Sé que tú tienes mucho tacto, y no eres uno de esos estúpidos etnocentristas que actuarían de una forma horrorizada o superior. Bueno, ¿tienes las listas de dietas alimenticias?

Más ruidos de papeleo.

—Sí, aquí está la lista de los que pueden comer cualquier comida humana, y de los que pueden comer alguna comida humana, y de los que no pueden comer ninguna.

—La comida especial para este último grupo será remitida en el

tren. Asegúrate de que sea enviada a las casas correctas.

—Tendré un par de camiones en la estación. Y tú asegúrate de que cada caja esté claramente señalada. Pero oye, dime... ¿cómo son esos osmanianos? Quiero decir, aparte de su aspecto, ¿cómo son ellos?

—Oh, bastante alegres y de buen humor. Muy amistosos. Pueden comer cualquier cosa. No tendrás ningún problema.

Jaipal podría haberle contado más acerca de los osmanianos, pero lo evitó por miedo a asustar demasiado a Reid.

—Bueno, recuerda no enviar a los chavantianos con nadie que tenga fobia a las serpientes. Y recuerda que los estenianos comen en privado y consideran obsceno cualquier mención a la comida. Asegúrate de que los forellianos vayan a donde tengan un cobertizo o garaje vacío en el que puedan dormir.

—¡Louise! —llamó Milán Reid—. Era R. J. ¿Puedes ayudarme un poco con las listas?

Reid era un hombre pequeño que combinaba una debilidad por la ropa agresivamente bien confeccionada con un aire tímido, preocupado, nervioso y apresurado que lo convertía en el blanco natural de las bromas de cualquier grupo de vagos en una esquina de una calle. Era ingeniero en la Corporación de Bioresonadores Hunter. Era la persona más adecuada para encargarse de dirigir a los extraterrestres visitantes, ya que le resultaba más fácil tratar con los extranjeros que con sus propios connacionales.

Entró su esposa, una mujer delgada de un tipo similar. Se pusieron a trabajar con la lista de delegados de los Planetas Asociados que iban a visitar Parthia, y las listas de familias locales

que iban a actuar de anfitriones. Aquel era el tercer año en que se ofrecía al personal de los P. A. un fin de semana informal en hogares terrestres. Aquellas tres visitas habían sido efectuadas todas ellas en casas estadounidenses porque el cuartel general de los P. A. estaba en Newhaven. No obstante, el éxito del proyecto había hecho que las otras naciones exigiesen que también a ellas se les permitiese demostrar lo buena gente que eran. Por consiguiente, Atenas, Grecia, era el candidato propuesto para el año siguiente.

Milán Reid dijo:

—...los robertsonianos no tienen ningún sentido del tiempo, así que lo mejor será que los pongamos con los Howard. Tampoco ellos lo tienen.

—Entonces, ninguno llegará a tiempo a nada —dijo Louise.

—¿Y qué? ¿Qué hacemos con los mendezianos? La nota de Jaipal dice que no pueden soportar el que se les toque.

—A Rajendra también le pasa eso, aunque trata de disimularlo. Debe ser algún tabú hindú.

—Uhu. Veamos. ¿No son los Goldthorpe fanáticos de la limpieza?

—Es la gente adecuada. Ni pensarían en tocar a los mendezianos. Sus hijos tienen que lavarse las manos cada vez que tocan dinero, y Beatrice Goldthorpe se pone guantes de goma para leer los libros que pide de la biblioteca pública, por miedo a los gérmenes.

—¿Y qué haremos con los oshidanos? —preguntó él.

—¿Cómo son, cariño?

—R. J. dice que son la raza más formalista de toda la galaxia, con

la etiqueta más elaborada. Tal como él dice: «parece como si siempre fueran con cuello duro, solo que no usan camisa».

—No sabía que a Rajendra se le dieran los chistes —dijo Louise Reid—. ¿Qué te parece el doctor McClintock? El también va siempre con cuello duro.

—Cariño, eres maravillosa. Adjudicado al reverendo John McClintock.

—¿Y qué hay de los Ziegler? Connie Ziegler me llamó para recordarme que lo habían solicitado con mucha anticipación.

Reid resopló.

—Voy a amañar esta lista para poner a los Ziegler tan abajo que no reciban ningún extraterrestre.

—Por favor, no lo hagas, cariño. Ya sé que no te gustan, pero dado que son nuestros vecinos más cercanos tenemos que aprender a soportarlos.

—Pero R. J. dijo que no quería que hicieran de anfitriones.

—¡Vaya por Dios! Si alguna vez llegan a enterarse de que hicimos trampas para que no tuvieran huéspedes...

—No hay nada que hacer. R. J. tiene razón. Son los típicos etnocentristas. He llegado a estar rojo de vergüenza mientras Charlie contaba chistes malos acerca de nuestros propios grupos minoritarios, dándome cuenta de que debía detenerlo, pero no sabiendo como. ¿No ves que Charlie puede llamarle «bicho» a cualquier extraterrestre sensible, con su mejor acento de Chicago?

—Pero hicieron lo indecible para entrar en lista.

–Pero no porque les gusten los extraterrestres, sino porque no podían soportar la idea de no estar en el ajo.

–Oh, bueno, si es necesario... ¿Quién va ahora? –preguntó ella.

–Eso es todo, a menos que R. J. llame de nuevo. Bien, ¿qué haremos con Sterga y Thvi?

–Supongo que los podemos poner en la habitación de George.

–¿Qué es lo que les gusta?

–Aquí dice que les gustan las fiestas, el hacer turismo y el ir a nadar.

–Podemos llevarlos a la piscina.

–Seguro. Y, dado que llegan pronto, podemos traerlos a casa a desayunar, y luego llevarlos a Gettysburg para una fiesta campestre.

Durante los siguientes días, Parthia se estremeció ante los preparativos con vistas a la llegada de los exóticos visitantes. Los comerciantes llenaron sus escaparates con artículos interplanetarios: obras de arte de Robertsonia, un fhe:gb disecado de Schlemmeria, un fotomontaje de paisajes de Flahertia.

En la Escuela Superior de Lower Siddim, los participantes en la próxima celebración ensayaban en el escenario mientras voluntarios preparaban el sótano para el festival de las fresas. La señora Carmichael, directora del comité de festejos, iba de un lado a otro supervisando:

–...¿dónde está el tipo ese que iba a arreglar los micrófonos?... No, la guardia de honor no tiene que llevar rifles. Estamos

tratando de demostrarles a esos seres lo pacíficos que somos...

El tren llegó a la calle Treinta. Los anfitriones de Parthia se agruparon alrededor de los tres últimos vagones, en el extremo norte del andén. Mientras los empleados del ferrocarril desenganchaban estos vagones, se abrieron las puertas y bajaron un par de terrestres. Tras ellos iban los extraterrestres.

Milán Reid se adelantó a saludar al terrestre más alto:

—Soy Reid.

—¿Qué tal está? Yo soy Grove-Sparrow, y este es Ming. Somos del Secretariado. ¿Está dispuesta su gente?

—Aquí están.

—Hum —Grove-Sparrow contempló la masa de anfitriones, formada en su mayor parte por esposas de clase media. En aquel instante, los chavantianos reptaron fuera del tren. La señora Ross lanzó un alarido y se desmayó. El señor Nagle la aferró a tiempo para evitar que se partiera el cráneo contra el cemento.

—No preste atención —dijo Reid, deseando que la señora Ross hubiera caído sobre los railes y le hubiera pasado un tren por encima—. ¿Quién es quién de nuestros visitantes?—Esos son los oshidianos, los que tienen cara de camello.

—¡Doctor McClintock! —gritó Reid—. Aquí tiene a su gente.

—Ocúpate tú, Ming —dijo Grove-Sparrow. Ming comenzó una larga y muy formal presentación, durante la cual los oshidianos y el reverendo McClintock fueron haciendo una serie de profundas reverencias, como si los manejaran con cuerdas. Grove-Sparrow indicó a tres cosas grandes que estaban saliendo del furgón, que

se parecían a morsas con mezcla de orugas, pero dos de ellas tenían el tamaño de elefantes gigantes. La tercera era más pequeña. —. Los forellianos.

—¡Señora Meyer! —gritó Reid—. ¿Está preparado el camión?

—Los robertsonianos —Grove-Sparrow indicaba a cuatro seres parecidos a castores con aparatos respiratorios en sus largos hocicos.

Reid alzó la voz:

—¡Hobart! No, sus anfitriones aún no han llegado.

—Que los esperen sentados en su equipaje. No les importará —dijo Grove-Sparrow—. Ahí llegan los osmanianos.

—Estos... estos son míos —dijo Reid, con su voz convertida en un gemido de desaliento.

Un grupo de mirones se había reunido más hacia el sur del andén para contemplar a los extraterrestres. Ninguno de ellos se atrevió a acercarse.

Los osmanianos (llamados así porque su planeta había sido descubierto por un tal doctor Mahmud Osman) tenían el aspecto general de caballos de peluche. Pero, en lugar de cuatro patas, tenían doce tentáculos correosos, dispuestos seis a cada lado, sobre los que correteaban rápidamente. Eran muy similares por delante y por detrás, pero uno podía descubrir la parte delantera por dos grandes ojos como de sapo situados en la parte alta, y la abertura de la boca entre los dos tentáculos delanteros.

—¿Es usted nuestro anfitrión? —dijo el osmaniano que iba delante con una voz borboteante—. ¡Ah, qué placer, mi buen señor Reid!

El osmaniano se abalanzó hacia Reid, alzándose sobre sus seis

tentáculos traseros para rodearlo con los seis delanteros. Le dio un húmedo beso en la mejilla. Antes de que pudiera liberarse de aquel horrible abrazo, el segundo osmaniano se adelantó hacia él y le besó en la otra mejilla. Como los seres pesaban más de cien kilos cada uno, Reid se tambaleó y cayó hacia el cemento, envuelto en tentáculos.

Los osmanianos soltaron a su anfitrión. Grove-Sparrow le ayudó a ponerse en pie, diciéndole en voz baja:

—No ponga esa cara tan asustada, muchacho. Solo están tratando de mostrarse amistosos.

—Me olvidé —borboteó el osmaniano más grande —que su método de saludarse es sacudir una pata delantera, ¿no es así?

Extendió un tentáculo. Cautamente, Reid ofreció la mano. El osmaniano la cogió con tres tentáculos y la agitó con tal fuerza que casi lo levantó del suelo.

—¡Bailemos! —gritó el osmaniano, moviéndose en círculo y haciendo girar a Reid frente a él—. ¡Guk-guk-guk! —esto último era el horrible sonido tosiente y chasqueante que utilizaban los omanianos como risa.

—¡No, no, Sterga!—dijo Grove-Sparrow—. ¡Suéltelo! Tienen que acabar de arreglar lo de las delegaciones.

—Oh, de acuerdo —dijo Sterga—. Quizá alguien quiera practicar un poco de lucha libre conmigo. ¿Usted, señora? —el osmaniano se dirigió a la señora Meyer, que era gruesa y con bastantes años a las espaldas.

—No, por favor —dijo la señora Meyer, palideciendo y ocultándose tras Grove-Sparrow—. Tengo... tengo que llevarme a los forellianos.

—Tranquilícense ustedes —dijo Grove-Sparrow—. Ya se ejercitarán luego.

—Así lo espero —dijo Sterga—. Quizá el señor Reid quiera luchar con nosotros en su casa, guk-guk. Ese es el principal deporte de Nohp —ese era el nombre de Osmania en el idioma de Sterga. El osmaniano habló con su compañera en su idioma, mientras Reid iba juntando frenéticamente huéspedes y anfitriones. El resto del tren se marchó traqueteante.

Cuando cada uno de los invitados hubo partido con su anfitrión, y los forellianos hubieron subido a su camión remolque, los cuatro pequeños robertsonianos quedaron sentados en el andén. No había señal de los Howard. Los empleados del ferrocarril bajaban cajas del furgón, en las que se veían letreros de «comida para los forellianos», «comida para los esteinianos», etc. Reid le dijo a Grove-Sparrow:

—Mire, tengo... tengo que ir a buscar a los conductores de los camiones y darles las direcciones. ¿Me vigilará a los osmanianos mientras regreso?

—De acuerdo.

Reid salió a escape, seguido por dos mozos de cuerda que empujaban una vagoneta llena de cajas. Cuando regresó, los robertsonianos seguían sentados en un desconsolado círculo. No había ni señal de Grove-Sparrow, Ming, los Howard o los osmanianos. Había cristales rotos en el suelo, una mancha de líquido, y un olor a alcohol.

Mientras miraba a su alrededor, Reid notó un tirón en su pernera. Un robertsoniano le dijo:

—Por favor, ¿hay signo de nuestros anfitriones?

–No, pero ya vendrán. ¿Qué ha pasado con los otros?

–Ah, esos. Estaban en el antén, esperando, cuando llegó un terrestre, caminando por allí y por allá como si estuviera enfermo. Vio al señor Ming, y dijo algo acerca de los sucios forasteros. El señor Ming hizo como si no lo oyese, y el hombre dijo que podía cargarse a todos los presentes. Supongo que debe tratarse de una de las costumbres locales, aunque no sé muy bien de cual. –¿Qué sucedió?

–Oh, los osmanianos se pusieron en pie, y Sterga dijo: Este buen hombre quiere pelear. Ven, Thvi. Se dirigió hacia el hombre, que lo vio por primera vez. El hombre sacó una botella del bolsillo y se la tiró a Sterga, diciéndole: *Vuelve al infierno que es te tonte has salito. La botella se rompió. El hombre corrió. Sterga y Thvi corrieron tras te él, gritándole que se tetuviera y pelease. Los señores Grove y Ming corrieron tetras. Eso es toto. Ahora, por favor, ¿puete encontrar a la gente que va a alojarnos? Reid suspiró.*

–Primero tendré que encontrar a los otros. Espérenme aquí.

Se encontró con los otros miembros de la expedición que regresaban al andén.

–El borracho va camino de la comisaría de policía –dijo Growe-Sparrow–. ¿Siguen sin aparecer los Howard?

–Aún no han venido, pero eso es lo habitual.

–¿Por qué no lleva a los robertsonianos a casa de los Howard?

–Posiblemente nos encontraríamos con ellos por el camino. Haremos una cosa: les telefonearé para saber si ya han salido.

Contestaron al teléfono de los Howard. Clara Howard dijo:

—¡Oh, Milán! Ya estamos casi a punto de ir. Lamento llegar tarde, pero ya sabes como son las cosas.

Reid, resistiendo un impulso de rechinar los dientes, pensó que sabía bien como eran las cosas con los Howard. Tenían la costumbre de llegar a las fiestas cuando ya todos comenzaban a irse.

—Quédense donde están, y les llevaré a sus invitados dentro de más o menos una hora.

Regresó, y se despidió de Grove-Sparrow y Ming, que regresaban a Newhaven. Luego, metió a los dos grupos de extraterrestres en su coche.

Para un hombre al que no le gustaba llamar la atención, la travesía de Parthia dejaba mucho que desear. Los robertsonianos se acurrucaron en una gran masa peluda en el asiento delantero, echándose a dormir, pero los osmanianos saltaban en la parte de atrás, excitados y estentóreos, señalando con los tentáculos y sacándolos por las ventanillas para saludar a los viandantes. La mayor parte de la gente había leído artículos acerca de los extraterrestres o los había visto en la televisión, de forma que no se sorprendieron demasiado. Pero el que aparezca un tentáculo de octópodo por la ventanilla del coche de uno mientras espera a que cambie la luz de un semáforo, aún puede producir un cierto sobresalto.

Después de que los osmanianos casi hubieron ocasionado una colisión, Reid les ordenó perentoriamente que mantuvieran sus tentáculos dentro del coche. Envidiaba a Nagle y Kress, que habían llevado a sus invitados volando a sus casas desde el tejado del edificio de correos, en sus helicópteros privados.

Al oeste de los Susquehanna, la autopista de Piedmont gira hacia

el sur en dirección a Westminster, para pasar junto a Baltimore y Washington. Milán Reid giró y continuó hacia el oeste. En respuesta a sus súplicas, los osmanianos se habían quedado bastante quietos.

Cerca de York, se encontró tras el carricoche de un amishman, que el embotellamiento le impedía pasar. —¿Qué es eso? —preguntó Thvi. —Un carricoche —explicó Louise Reid. —¿De qué habla, de la cosa con ruedas o del bicho que tira de ella?

—De la cosa con ruedas. El animal se llama caballo.

—¿No es ese un método de transporte muy primitivo? —preguntó Sterga.

—Sí —explicó Louise—. Pero ese hombre lo usa por mandato de su religión.

—¿Y es también por eso por lo que lleva ese sombrero negro cilíndrico? —Sí.

—Quiero ese sombrero —dijo Sterga—. Creo que me vería bien con él, guk-guk-guk.

Reid volvió la cabeza para mirarle. —Si quiere un sombrero terrestre, tendrá que comprarlo. Ese pertenece a su propietario.

—Sigo queriéndolo. Si la Tierra desea obtener la concesión minera, siempre puede darme el pequeño capricho de ese sombrero.

Cesó el embotellamiento. Reid rebasó al carricoche. Mientras el automóvil pasaba junto al mismo, Sterga sacó su parte delantera por la ventanilla. Un tentáculo arrebató el sombrero negro de la cabeza del amishman.

La amplia y rojiza cara, con patillas muy largas, del seguidor de la

secta, se volvió hacia el coche. Sus ojos azules se desorbitaron horrorizados. Lanzó un ronco alarido, se tiró del carricoche, saltó por sobre una verja, y corrió a campo través. Mientras el automóvil acababa de adelantar al carricoche, el caballo también vio a Sterga. Lanzó un relincho y escapó en otra dirección, con el carricoche dando locos tumbos tras él. Reid frenó en seco.

—¡Maldita sea! —aulló.

En el asiento trasero, Sterga estaba tratando de equilibrar el sombrero del amishman sobre su cabeza, si es que se podía decir que tenía cabeza. Reid le arrebató el sombrero.

—¿Es que no piensa más que en causar problemas?

—Nada de problemas; simplemente una bromita —borboteó Sterga.

Reid dio un bufido y bajó del coche. El amishman había desaparecido. Se veía a su caballo en un campo labrado, comiendo hierbas. Aún seguía atado al carricoche. Reid atravesó el camino, llevando el sombrero, y comenzó a introducirse en el campo. Sus pies se hundieron en la blanda tierra, y se llenó los zapatos de ella. El caballo lo oyó llegar, miró a su alrededor y se alejó al trote.

Tras varios intentos, Reid regresó a su coche, colgó el sombrero en la verja, se quitó la tierra de los zapatos, y puso en marcha el automóvil. Hirviéndole la sangre, se prometió a sí mismo decirle unas cuantas lindezas a Rajendra Jaipal. Durante un rato, los osmanianos permanecieron tranquilos. En Gettysburg, fueron al edificio de exhibiciones. Desde la galería contemplaron un mapa en relieve de la región de Gettysburg cubierto de lucecillas eléctricas de colores. Una grabación iba dando la reseña de la batalla, mientras un joven manejaba una serie de controles que encendían las luces para mostrar las posiciones de las tropas federales y confederadas en cada momento.

—Ahora, al comienzo del segundo día, Longstreet pasó la mañana emplazando su artillería a lo largo del saliente en el que el Tercer Cuerpo ocupaba el campo de melocotoneros —se encendieron unas lucecillas—. Al mediodía, los confederados comenzaron un bombardeo, y la División de Mc-Laws avanzó...

Hubo un movimiento entre los espectadores mientras los osmanianos se abrían paso hasta la primera fila y colgaban sus tentáculos sobre la barandilla. El joven que manejaba los controles perdió el dominio de los mismos y se quedó con la boca muy abierta mientras la grabación proseguía. Luego trató de recuperar el tiempo perdido, se confundió, y durante un tiempo tuvo a los federales de Meade en franca retirada.

Reid llevó a sus invitados afuera. Subieron a la torre de observación, desde la que vieron los Round Tops y el monumento a Eisenhower que se alzaba en la granja que antes fue propiedad de ese presidente. Cuando Reid y su esposa comenzaron a bajar, Sterga le borboteó algo a Thvi. Inmediatamente, los osmanianos comenzaron a bajar por los montantes de hierro exteriores.

—¡Vuelvan! ¡Se van a matar! —aulló Reid, que odiaba los lugares altos.

—No hay peligro —le respondió Sterga—. Así es más divertido. Los Reid bajaron a toda prisa los escalones. Milán esperaba oír en cualquier momento el chaf de un osmaniano golpeando el cemento. Llegó al suelo justo un momento antes que los osmanianos, que se deslizaban de montante en montante con gran facilidad.

Milán Reid se sentó en el último escalón y se apretó los puños contra la cabeza. Luego dijo con voz hueca:

—Vamos a comer.

En la piscina de Rose Hill, Wallace Richards, el instructor de natación, estaba haciéndose el chulo con sus saltos desde el trampolín. Era un joven con mucho músculo y aún más vanidad. Las chicas estaban sentadas alrededor de la piscina contemplándole, mientras otros jóvenes que, en comparación, se veían demasiado delgados o demasiado tripudos, maldecían en segundo término.

Los forellianos habían nadado allí durante la mañana, pero ahora ya se habían ido. Mientras habían estado nadando no había cabido nadie más en la piscina. Ahora, no había ningún extraterrestre hasta que Milán y Louise llegaron con sus trajes de baño, seguidos por Sterga y Thvi. Reid extendió una toalla y se dispuso a tenderse para tomar el sol.

Los osmanianos causaron la habitual impresión. Wallace Richards ni se dio cuenta de su presencia. Estaba muy erguido, tenso desde los hombros hasta los tobillos, como un triángulo isósceles apoyado sobre su vértice superior, mientras reunía fuerzas para dar un triple salto mortal.

Thvi se deslizó en la piscina y comenzó a atravesarla con un agitar de tentáculos.

Richards rebotó en la palanca, se aferró las rodillas, dio tres vueltas sobre sí mismo, y tomó la posición correcta para entrar en el agua. Cayó justo encima de Thvi.

Sterga gritó en su propio idioma, pero ya era demasiado tarde. Entonces, él también, se metió en el agua. Los mirones gritaron. La superficie de la piscina estaba siendo golpeada por extremidades humanas y tentáculos. Apareció la cabeza de Richards, gritando:

—¡Maldita sea! ¡Devuélvame mi bañador!

Los osmanianos atravesaron la piscina, y salieron. Thvi ondeó el

bañador de Richards (que apenas si era un taparrabos) en un tentáculo, y gritó:

—Con que saltándome encima, ¿eh?

—¡No lo hice a propósito! —gimió Richards. El auditorio comenzó a reír.

—Me dejó sin respiración con el golpe, guk-guk-guk —borboteó Thvi, tratando de meter un par de tentáculos por los agujeros de las piernas del bañador.

Sterga corrió escalerillas arriba, hasta el trampolín más alto.

—¡Terrestre! —gritó hacia abajo—. ¿Cómo hiciste ese salto?

—¡Devuélvanme mi bañador!

—¿Así? —Sterga saltó del trampolín.

No obstante, en lugar de caer en posición de zambullida, extendió sus doce tentáculos y cayó sobre Richards como una araña que salta. Richards se hundió bajo la superficie antes de que la horrible aparición cayera sobre él, y se alejó nadando, pero su velocidad en el agua era despreciable comparada con la del osmaniano. Sterga lo alcanzó y comenzó a hacerle cosquillas.

Reid le dijo a Thvi:

—¡Por Dios, haga que su compañero deje ir a ese hombre; lo va a ahogar!

—Oh, de acuerdo. Ustedes los terrestres no saben como divertirse —Thvi nadó hacia donde forcejeaba el par. Un Richards inerte fue sacado del agua y depositado sobre el cemento. Alguien le hizo la respiración artificial durante diez minutos hasta que volvió en sí y se sentó, tosiendo y jadeando. Cuando se recuperó, miró a su

alrededor con odio asesino y susurró:

—¿Dónde están esos malditos octópodos? Voy a...

Pero Reid y sus invitados se habían ido.

Para el cóctel, los Reid invitaron a una pareja mayor que ellos: el profesor Hamilton Beach y su esposa, de la Universidad de Bryn Mawr. Beach, sociólogo, quería hablar de cosas tan serias como relaciones entre las especies, pero Sterga y Thvi tenían otras ideas. Tragaban sus cócteles tan rápidamente que Reid apenas si tenía tiempo de ir preparando otros nuevos. Producían horribles sonidos que, según explicaron, eran una canción osmaniana.

Reid estaba preocupado por si se emborrachaban y se volvían aún más molestos, pero Sterga lo calmó:

—Esto no es nada comparado con lo que bebemos en Nohp. Allí, cualquier cosa que contenga menos de cuatro quintos de alcohol es una, ¿cómo lo dirían ustedes?, una bebida refrescante.

Los Reid despidieron a los Beach a las siete, para tener tiempo de comer e ir al festival de las fresas. Milán regresó a la sala de estar y encontró a Sterga y Thvi bebiendo directamente de la coctelera. Sterga le dijo:

—Señor Reid, según, tengo entendido, su gente tiene los mismos métodos reproductivos que nuestro pueblo.

—Esto... bueno... eso depende de cual sea su método —dijo Reid, anonadado por el giro que había tomado la conversación.

—Ustedes tienen un sistema de reproducción bisexual, ¿no? El macho lleva...

—Sí, sí, sí.

—Entonces, ¿por qué no se han reproducido usted y la señora Reid?

Reid se mordió el labio.

—Lo hemos hecho. Nuestro hijo está en la universidad.

—Ah, excelente. Entonces, podrán ustedes cumplir con la costumbre de los Hliht.

—¿Qué costumbre?

—Siempre intercambiamos parejas con nuestros invitados. Es poco sociable el no hacerlo.

—¿*Cómo*?

Sterga repitió.

Reid tartamudeó:

—No... no estará hablando en... en serio.

—Ciertamente. Estaré muy satisfecho...

—Pero eso es físicamente imposible, aparte de que nuestras costumbres no lo permiten.

—No, no somos tan diferentes como usted pueda pensar. He investigado el asunto. De cualquier forma, podemos pasárnoslo muy bien experimentándolo, guk-guk.

—¡Ni hablar de ello! —estalló Reid—. Nuestras costumbres lo prohíben.

—Ustedes, terrestres, desean esa concesión minera, ¿no?

—Excúseme —dijo Reid, y fue a la cocina. Allí, Louise estaba ayudando a la asistenta que habían contratado para la ocasión a dar los últimos toques a la cena. Se la llevó a un lado, y le contó la última petición de sus invitados.

Ahora le tocó atragantarse a Louise Reid. Abrió la puerta para dar una ojeada a Sterga, que seguía en la sala de estar. Sterga la vio, y le hizo un guiño, lo cual fue un espectáculo desmoralizador, pues los osmanianos guiñaban los ojos recogiénolos al interior de sus cabezas y lanzándolos al exterior con un audible *pop*.

Se volvió y se llevó las manos al rostro.

—¿Qué vamos a hacer?

—Bueno, te... te aseguro una cosa: voy a librarme de esos «invitados». Y, si alguna vez atrapo a R. J....

—Pero, ¿y la concesión minera?

—Al infierno con la concesión minera. No me importa si hasta origino una guerra interplanetaria. Ya no voy a seguir soportando a esos bromistas pesados. Odio el solo verlos.

—Pero, ¿cómo lo vas a hacer? No puedes ponerlos de patitas en la calle.

—Déjame pensar —Reid miró por la ventana, para asegurarse de que los Ziegler aún tenían las luces encendidas—. Ya sé. ¡Se los pasaremos a los Ziegler! Se lo tienen merecido tanto unos como otros.

—Oh, cariño, ¿crees que debemos hacerlo? Después de todo...

—No me importa si debemos o no. Primero recibirás un telegrama de que tu madre está enferma, y de que tienes que hacer las maletas y salir para Washington esta misma noche. Comienza a

servir la cena; yo pondré el asunto en marcha.

Reid fue al teléfono y llamó a su amigo Joe Farris.

—¿Joe? —le dijo en voz baja—. ¿Me harías el favor de llamarme dentro de quince minutos? No prestes atención alguna a lo que te diga: es para sacarme de un buen lío.

Quince minutos más tarde sonó el teléfono. Reid lo contestó, y pretendió repetir un telegrama dado por teléfono. Luego, entró en el comedor y dijo tristemente:

—Malas noticias, cariño. Tu madre vuelve a estar enferma. Tendrás que ir a Washington esta misma noche. —Se volvió hacia Sterga—: Lo lamento, pero la señora Reid tiene que irse.

—¡Ooooh! —dijo Thvi—. Teníamos tantas ganas de...

—Ahora, yo solo no puedo darles una hospitalidad completa —continuó Reid—. Pero les buscaré otro anfitrión.

—Pero es usted un anfitrión tan excelente... —protestó Sterga.

—Gracias, pero realmente no podría hacerlo. No obstante, todo irá bien. Acaben su cena mientras arreglo las cosas. Luego, iremos juntos al festival.

Salió, y caminó hacia la puerta contigua, la de la casa de los Ziegler. Charles Ziegler, limpiándose los labios, salió a abrirle. Era robusto y algo calvo, con unos gruesos y peludos brazos. Apretó la mano de Reid con terrible fuerza y aulló:

—¡Hey, hola, Milán, viejo amigo! ¿Qué demonios has estado haciendo todos estos días? Deberíamos vernos más a menudo, ¿no? Entra.

Reid se obligó a sonreír.

—Bueno, Charlie, las cosas están así: estoy... estoy en un lío, pero si me ayudas un poco podremos solucionarlo y complacer a todo el mundo. Queríais tener invitados de los P.A. esta vez, ¿no?

Ziegler se alzó de hombros.

—Connie creía que teníamos que participar en eso, y yo supongo que podría haber soportado a unos cuantos hombres lagarto para complacerla. ¿Por qué? ¿Qué es lo que pasa?

Reid le contó lo de la enfermedad de su suegra, como si fuera verdad.

—Así que pensé que quizá pudieras venir a la fiesta y recoger a mis osmanianos.

Ziegler le dio una buena palmada en la espalda.

—Seguro, Milán, viejo amigo. Me ocuparé de esos calamares raros tuyos. Los voy a llenar de bombas G —aquella era una mortífera bebida a base de ginebra inventada por el mismo Ziegler—. ¡Hey, Connie!

En la fiesta de las fresas, la gente y los extraterrestres formaban una hilera que iba pasando frente a un mostrador. Allí, les servían helado de fresas, pastel y café, al estilo de las cafeterías. El techo estaba decorado con banderitas de papel; y las banderas planetarias tapizaban las paredes. Algunos invitados, o bien porque no podían comer los alimentos terrestres, o porque no estaban contruidos físicamente para permanecer en fila llevando bandejas, se las arreglaron a su manera. Los forellianos ocupaban todo un rincón del sótano, mientras sus anfitriones les alimentaban con su comida especial, a golpe de pala.

Los extraterrestres estaban identificados por tarjetones clavados

con imperdibles a las ropas de aquellos que las llevaban, y los que no, los llevaban colgados del cuello. Como los osmanianos ni usaban ropas ni tenían cuellos, llevaban los tarjetones atados con cordelitos en la parte central de sus cuerpos, con sus nombres hacia arriba, como las placas de identificación de los perros.

Reid se encontró frente a un chavantiano enroscado sobre un sillón. El chavantiano alzó el metro delantero de su cuerpo y manipuló cuidadosamente su comida con los cuatro apéndices que crecían en los lados de su cuello.

—Me siento fascinado —siseó el chavantiano —por las obras de su Shakespeare. ¡Esa visión! ¡Esos sentimientos! ¿Sabe?, enseñé literatura terrestre antes de entrar en el servicio diplomático.

—¿Sí? —comentó Reid—. Yo también fui profesor.

Había sido profesor de matemáticas de una escuela superior debido a que tenía la equivocada idea de que la enseñanza era una ocupación ideal para gente tímida y poco efectiva que temía enfrentarse con el mundo. Pronto aprendió que exigía una brutalidad y un arrojo muy superior a lo exigido en el mundo de los negocios.

—¿Qué tal le han tratado hasta ahora?

—Oh, a veces nos hacen notar nuestra poco afortunada semejanza con una especie de vida terrestre hacia la que muchos de ustedes no sienten demasiado apego —Reid sabía que el chavantiano se refería a las serpientes—. Pero somos comprensivos.

—¿Y qué hay de los otros invitados? —Reid giró la cabeza para ver quién estaba presente. Los Howard y sus robertsonianos no habían llegado aún.

—Todos están bien. Naturalmente, los esteinianos no están aquí,

pues esto sería un espectáculo repugnante para ellos. Es cuestión de costumbres, nada más; solo que las costumbres siempre acaban por impedir que uno lo pase bien.

Los Reid y sus invitados acabaron de comer y fueron hacia el auditorio, que ya estaba medio lleno. Los niños de varias especies tenían globos de goma, que se alzaban por los aires retenidos por sus hilos. Formaban tal nube, que los de las últimas filas no veían el escenario.

El programa se inició con un concierto de la banda de la escuela superior. Luego, el grupo de boy scouts local hizo una ceremonia con las banderas. El reverendo McClintock saludó oficialmente a los invitados, y los presentó, uno tras otro. A medida que eran nombrados, aquellos que podían se ponían en pie, y eran aplaudidos.

Luego siguieron canciones de una sociedad coral local; danzas por un club folklórico; más canciones; danzas de los indios americanos por un grupo de pequeños boy scouts; la entrega de premios a los vencedores de un concurso de redacción sobre Planetas Asociados...

El problema de los espectáculos de aficionados de este tipo no es que sus actos sean malos. A veces, son bastante buenos. La verdadera dificultad es que cada partícipe quiere demostrar sus habilidades. Esto significa que quiere representar todo su repertorio. Por consiguiente, cada acto tiene el doble de la duración que debiera. Y, debido a que los participantes son voluntarios no pagados, el director no puede insistir en cortes drásticos. Si lo hace, generalmente se enfadan y abandonan.

A las diez treinta, el espectáculo aún proseguía lentamente. Globos escapados a sus propietarios flotaban suavemente contra el techo. El joven forelliano roncaba como una lejana tormenta en la parte trasera de la sala. Los jóvenes de otras varias especies, incluyendo el *homo sapiens*, se volvieron irrefrenables, y tuvieron

que ser sacados del local. Los osmanianos se agitaban en sus asientos, que nunca habían sido diseñados para su especie, y jugueteaban con sus tentáculos. Ostentosamente, Milán Reid miró a su reloj y le susurró a Sterga:

—Tengo que llevar a mi esposa al tren. Buenas noches. Buenas noches, Thvi.

Estrechó sus tentáculos, llevó a Louise afuera, y se marcharon en coche. No obstante, no fue ni a la estación ni al aeropuerto. No creía que la situación requiriese que Louise fuera en realidad a Washington. Simplemente la dejó en el apartamento de una de sus amigas, en Merion. Luego, regresó a casa.

Primero fue a la puerta delantera de la casa de los Ziegler, llevó su índice al timbre, pues deseaba asegurarse de que su plan había dado buen resultado, pero lo retiró: del interior le llegaban carcajadas, las agudas risas de Connie, los rugidos de alegría de Charlie, y los repugnantes sonidos de los osmanianos.

Evidentemente, sus invitados habían entrado en contacto con sus nuevos anfitriones. No había necesidad alguna de que entrase en la casa, pues si lo hacía, Charlie insistiría en que se uniese a la fiesta, y le repugnaban las fiestas escandalosas.

Fue a su propia casa, y se preparó para meterse en la cama. Aunque no acostumbraba a beber a aquellas horas de la noche, se preparó un whisky con soda muy cargado, buscó en la radio una buena emisora en la que dieran música, encendió su pipa, y se relajó. De vez en cuando le llegaban estallidos de locas risas de la puerta vecina, junto con extraños sonidos de golpes y, en una ocasión, el ruido de cristales rotos. Sonrió suavemente.

Sonó el teléfono. Reid frunció el entrecejo y alzó el auricular.

–Conferencia de Newhaven –dijo la telefonista. Luego, oyó la voz nasal de Rajendra Jaipal:

–¿Aló, Milán? Soy R. J. No sabía si habrías vuelto a casa de la fiesta. ¿Qué tal están tus invitados?

–Me he librado de ellos –contestó Reid.

–¿Qué has hecho *qué*?

–Me he librado de ellos. Se los he pasado a otros. No podía soportarlos.

–¿Dónde están ahora? –la voz de Jaipal tenía un tono tenso.

–Con los vecinos de al lado, los Ziegler. Parecen...

–¡Oh, *no!*

–Ya lo creo que sí. Y parecen estar pasándoselo muy bien.–*¡Ai Ram Ram!* ¡Y pensé que podía confiar en tí! ¡Has hecho retroceder siglos las relaciones interplanetarias! Dios mío ¿por qué hiciste eso? ¿Y por qué precisamente con los Ziegler?

–Porque los Ziegler estaban a mano, y porque esos calamares son un par de niños malcriados: críos impulsivos e irresponsables, sin educación, sin moral, sin sentido común, sin nada. Si...

–Eso no importa. Tienes un deber con la Humanidad.

–Mi deber no incluye el cambiar esposas con un pulpo espacial...

–Oh, podías haber encontrado una forma en que evitar...

–Y ¿por qué... por qué no me advertiste de sus divertidas costumbres? Todo el día ha sido un verdadero infierno para mí.

La voz de Jaipal se alzó hasta ser un chillido:

—¡Egoísta, pérfido materialista...!

—Oh, ve a tirarte al mar. Tú eres el pérfido, pasándome esos gamberros interplanetarios sin avisarme. Supongo que te olvidaste de decirme cómo eran por miedo a que me echase atrás, ¿eh? Bien, ¿no es así? ¿No es así?

El teléfono quedó en silencio. Luego, Jaipal dijo con voz más baja:

—Mi querido amigo, admito que yo también soy un mortal imperfecto y pecador. Perdona, por favor, mis juicios apresurados. Pero ahora veamos si podemos arreglar el daño. Es un asunto muy serio. El futuro económico de nuestro planeta depende de esa concesión minera. Iré de inmediato para ahí.

—No te servirá de nada que vengas antes de las siete. Me voy a la cama, y ni siquiera voy a contestar al timbre hasta esa hora.

—Entonces, estaré en tu puerta a las siete en punto. Hasta entonces.

Cuando Reid miró por la ventana a la siguiente mañana, allí estaba Rajendra Jaipal con un impecable traje gris, sentado en los escalones de su puerta. Mientras la abría, la delgada y sombría figura de Jaipal se puso en pie.

—Bien, ¿estás dispuesto a mostrarme las ruinas de las esperanzas de la Humanidad?

Reid miró hacia la casa de los Ziegler, donde todo estaba en silencio.

—Creo que aún duermen. Esto... ¿has desayunado?

—No, pero...

—Entonces entra y lo haremos.

Comieron en amargo silencio. Desde que se había despertado, Reid había comenzado a preocuparse. A la fría luz de la mañana, su audaz jugada de la pasada noche ya no parecía tan inteligente. De hecho, quizá hasta pudiera resultar una equivocación colosal. Naturalmente, uno no podía someter a su esposa a los experimentos amorios de un extraterrestre. O, ¿podía hacerlo uno, pensando en el bienestar de su propio planeta? En cualquier caso, seguramente podía haber solucionado aquello. Podía haber enviado a Louise lejos, pero haber soportado él solo a los osmanianos algunas horas más. Era de nuevo su maldita falta de talento social. ¿Por qué dependía el destino de los planetas de una mala caricatura de hombre como era él?

Eran ya más de las nueve de aquel brillante y soleado día cuando Reid y Jaipal se aproximaron a la casa de los Ziegler. Reid tocó el timbre. Al cabo de un rato se abrió la puerta. Allí estaba Charles Ziegler, vistiendo unos pantalones cortos a cuadros púrpura y blancos. Por un instante los contempló sin verlos con unos ojos sanguinolentos. Luego sonrió.

—¡Hola! —gritó—. ¡Pasen dentro!

Reid presentó a Jaipal y entró. La sala de estar estaba destrozada. Allí yacía una lámpara de pie derribada, allá una mesita de juego con una pata rota. Todo el suelo estaba cubierto de naipes y fichas de póker.

De la cocina les llegaron los sonidos de la preparación del desayuno. Sterga entró, balanceando una bolsa de hielo sobre su cabeza con dos tentáculos, y dijo:

—¡Vaya una nochedita! Mi querido señor Reid, ¿cómo podría agradecerle lo bastante el que me hallase un anfitrión tan congenial conmigo? ¡Nunca hubiera creído que ningún ser de la galaxia pudiera ganarme a beber, guk-guk!

Reid miró inquisitivo a Ziegler, que le dijo:

—Aja, agarramos una buena trompa.

—Eso significó que no pudimos llevar a cabo el experimento que yo había deseado —dijo Sterga—. Pero no importa. El año que viene, aunque los demás vayan a Atenas, Thvi y yo vendremos aquí, a casa de los Ziegler —el osmaniano se irguió y agarró el cuello de Ziegler, mientras este daba palmadas en su coriácea espalda—. Los queremos mucho. Y además, es un excelente luchador. Y no se preocupe por su concesión minera, R. J. No habrá problemas con ella.

Reid y Jaipal se despidieron. En el exterior, se miraron el uno al otro. Ambos hicieron el mismo gesto, alzando los hombros mientras extendían las manos con las palmas hacia afuera. Luego, se saludaron con un movimiento del brazo, mientras sus rostros expresaban una desesperada incomprensión. Reid regresó a su casa, y Jaipal se alejó caminando rápidamente.

randall garrett

equipo

invencible

Muchos de los problemas que presentaran los contactos con alienígenas serán evidentemente de índole política. Así lo pensó al escribir esta historia Randall Garrett, prolífico autor americano que en las décadas de los cincuenta y sesenta apareció frecuentemente en todas las revistas del género, tanto con su propio nombre como con multitud de seudónimos, y que se especializó en la «sátira social», con gran originalidad y agudeza de ingenio. En el cuento, Garrett nos plantea el clásico conflicto de las distintas delegaciones sentándose a una mesa de conferencias para tratar asuntos internacionales; pero esta vez las delegaciones son alienígenas, los asuntos interplanetarios... y los terrestres siempre terminan siendo vencidos por la marrullería de sus oponentes. Hay que buscar una solución al conflicto. Y he aquí donde interviene, una vez más, el ingenio del hombre...

En su despacho, en el piso más alto del edificio de la Embajada Terrestre en Ciudad Occeq, Bertrand Malloy hojeaba displicentemente los expedientes de los cuatro hombres que le acababan de ser asignados. Pensó que eran ejemplares típicos de la clase de gente que le enviaban. Lo que significaba, como siempre, que eran atípicos. Todo aquel que, en el Cuerpo Diplomático, contraía un tic o sufría espasmos, era embarcado hacia Saarkkad IV para trabajar a las órdenes de Bertrand Malloy, Embajador Permanente de la Tierra ante Su Suma Munificencia, el Occeq de Saarkkad.

Tomemos como ejemplo el primero de ellos. Malloy pasó el dedo a lo largo de las columnas de complejos símbolos que presentaban el análisis psicológico completo del individuo: Paranoia psicopática. Técnicamente hablando, el hombre no estaba loco, podía ser tan lúcido como cualquiera la mayor parte del tiempo. Pero sospechaba mórbidamente que todos estaban contra él. No se fiaba de nadie, y estaba perpetuamente en guardia contra conspiraciones y persecuciones imaginarias.

El segundo sufría la existencia de algún tipo de bloqueo emocional que lo colocaba continuamente entre uno u otro dilema. Era psicológicamente incapaz de tomar una decisión de una cierta importancia, si se le afrentaba con dos o más alternativas.

El tercero...

Malloy suspiró y apartó los expedientes. No había dos hombres iguales y, sin embargo, parecían tener todos una eterna similitud. Naturalmente, él se consideraba distinto, pero, después de todo, ¿acaso no era esta la similitud básica?

Tenía... ¿cuántos años? Dio una ojeada al calendario terrestre correlacionado con el saarkkado, situado inmediatamente encima de aquel. Cincuenta y nueve la semana próxima. Cincuenta y nueve años de edad. ¿Y qué otra cosa podía presentar como fruto de esos años además de unos músculos flácidos, una piel

colgante, la cara arrugada y el cabello gris?

Bueno, por lo menos tenía una excelente hoja de servicios en el Cuerpo. Era uno de los mejores en su campo. Y tenía sus memorias de Diana, muerta hacía diez años, pero todavía bella y viva en su recuerdo. Y, se sonrió suavemente a sí mismo, tenía a Saarkkad.

Miró hacia arriba, hacia el techo, y mentalmente hizo que su mirada pasase hasta el azul del cielo, más allá.

Allá lejos estaba el terrible vacío del espacio interestelar; un gran, infinito abismo abierto capaz de tragarse hombres, naves, planetas, soles y hasta galaxias enteras sin llenar su insaciable nada.

Malloy cerró los ojos. En alguna parte, por allá lejos, rugía una guerra. No le gustaba siquiera pensar en ello, pero era necesario tenerlo presente. En alguna parte, por allá lejos, las naves de la Tierra estaban alineadas contra las naves de los karna, en la guerra más importante que la Humanidad hubiese batallado jamás.

Y, Malloy lo sabía, su propia contribución tenía una cierta importancia en esta guerra. No estaba en la línea de combate, ni siquiera en una importante línea de producción de material de guerra, pero era necesario mantener los embarques de drogas fluyendo sin pausa de Saarkkad, y esto significaba mantenerse en buenas relaciones con el gobierno saarkkado.

Ellos, los saarkkados, eran humanoides en su apariencia física, si es que uno aceptaba que este concepto abarcase un amplio conjunto de diferencias; pero sus mentes no seguían la misma línea de pensamiento que las de los humanos.

Durante nueve años, Bertrand Malloy había sido Embajador en Saarkaad y, durante esos nueve años, ningún saarkkado lo había

visto jamás. Haberse mostrado a uno de ellos hubiera significado una inmediata pérdida de prestigio.

Para su forma de pensar, un funcionario importante era algo lejano. A mayor importancia del mismo, mayor debía ser su aislamiento. El mismo Occeq de Saarkkad nunca era visto sino por un pequeño grupo escogido de nobles, los cuales, a su vez, no eran vistos más que por sus subordinados más directos. Era un método de trabajo largo y complicado, pero era la única forma en que los saarkaados aceptaban relacionarse. Violar esa estructura rígida significaría el cierre inmediato del suministro de productos bioquímicos que producían los laboratorios saarkkados a partir de la flora y fauna local; productos que eran vitales para la guerra de la Tierra y que no podían ser duplicados en ningún otro lugar del universo conocido.

Era trabajo de Bertrand Malloy el mantener alto el nivel de producción, y cuidar que los materiales fluyesen sin interrupción hacia la Tierra, sus avanzadas y sus aliados.

En circunstancias normales, el trabajo hubiera sido simplísimo: los saarkkados no eran difíciles de tratar. Una plantilla de personal de primera categoría los podría haber manejado casi sin esfuerzo.

Pero Malloy no tenía personal de primera categoría. Este tipo de personas no podían ser retirados de trabajos que requerían su capacidad a pleno esfuerzo. No es eficiente el malgastar a un hombre en un trabajo que puede hacer casi sin esforzarse cuando hay trabajos más importantes que pueden requerir todo su esfuerzo.

Así que a Malloy le tocaban las sobras. No las peores, naturalmente; había lugares en la Galaxia aún menos importantes para el desarrollo de la guerra que Saarkkad. Y Malloy sabía que no importaban los defectos de un hombre; mientras conservase la habilidad mental suficiente como para vestirse y llegar hasta el trabajo, se le podría hallar una tarea útil a desarrollar.

Con las taras físicas no había problemas. Un ciego puede trabajar muy a gusto en la total obscuridad de un laboratorio de revelado de films infrarrojos. La pérdida, parcial o total, de miembros, podía ser compensada en una u otra forma.

Las taras mentales ya presentaban más problemas, aunque no era totalmente imposible el paliarlas. En un mundo sin alcohol se podía controlar fácilmente a un dipsómano; y mejor sería que no tratase de fermentar su propio licor a menos que se trajese su propio fermento... lo que resultaba imposible vistas las regulaciones de esterilización.

Pero Malloy no se contentaba tan solo con minimizar las deformaciones mentales; le agradaba hallar lugares en los que esos hombres fueran útiles.

El teléfono sonó. Malloy lo alzó con un gesto habitual por la práctica.

—Aquí Malloy.

—¿Señor Malloy? —preguntó una voz cuidadosa—. Han teletipado de la Tierra una comunicación especial para usted. ¿Debo entrársela?

—Éntrela, señorita Drayson.

La señorita Drayson era uno de esos casos. Era incommunicativa. Le gustaba recoger información, pero le resultaba difícil el cederla una vez se había posesionado de ella.

Malloy la había convertido en su secretaria privada. Nada, absolutamente *nada*, salía de la oficina de Malloy sin una orden directa de él mismo. Le había tomado a Malloy un largo tiempo el lograr inculcar en la mente de la señorita Drayson que era perfectamente normal, y aún deseable, que impidiese que cualquiera, excepto Malloy, se enterase de los secretos.

Entró. Era una mujer de unos treinta y cinco años, bastante agraciada. Mantenía en su mano derecha unos papeles, agarrados como si alguien fuese a intentar arrebatárselos antes de que pudiera habérselos entregado a Malloy.

Los depositó cuidadosamente en el escritorio.

—Si llega algo más se lo haré saber enseguida, señor —dijo—. ¿Desea algo más?

Malloy permitió que se quedase de pie, frente a él, mientras tomaba el comunicado. Sabía que ella deseaba conocer su reacción, pero no importaba, pues nadie podría enterarse de cuál había sido a través de ella a menos que le ordenase que se la contase a alguien.

Leyó el primer párrafo, y sus ojos se agrandaron involuntariamente.

—Armisticio —dijo, en un susurro casi inaudible—. Existe una posibilidad de que la guerra haya terminado.

—Sí, señor —dijo la señorita Drayson con voz apagada.

Malloy leyó el mensaje hasta el final, luchando por mantener controladas sus emociones. La señorita Drayson permanecía allí erguida, en calma, con su rostro convertido en una máscara; sus emociones eran un secreto.

Finalmente, Malloy levantó la vista.

—En cuanto llegue a una decisión se lo haré saber, señorita Drayson. No creo casi necesario el tener que recomendarle que no salga noticia de esto de esta oficina.

—Naturalmente que no, señor.

Malloy la contempló retirarse sin verla realmente. La guerra había cesado... al menos por un tiempo. Leyó de nuevo el documento.

Los karna, a los que lentamente se estaba obligando a retroceder en todos los frentes, solicitaban la paz. Querían una conferencia para firmar un armisticio... inmediatamente.

La Tierra también deseaba la paz. Una guerra interestelar es algo demasiado costoso como para que se pueda permitir que continúe durante más tiempo del preciso, y ésta duraba ya desde hacía más de trece años. Era necesaria la paz, pero no la paz a cualquier precio.

Lo malo era que los karna tenían la reputación de ser perdedores en las guerras, pero ganadores en las mesas de conferencias de paz. Eran unos interlocutores hábiles y persuasivos. Podían dar la vuelta a una desventaja hasta transformarla en una ventaja, y hacer que sus puntos fuertes apareciesen como débiles. Si triunfaban en el armisticio, podrían atrincherarse para realizar un rearme, y la guerra se reanudaría en unos pocos años.

Ahora, en este momento, podían ser derrotados. Podían ser obligados a permitir una supervisión del potencial de producción, obligados al desarme, dejados impotentes. Pero si el armisticio les era provechoso...

Por lo pronto, ya habían tomado la delantera en lo referente a las conversaciones de paz. Habían enviado una delegación completa a Saarkkad V, el planeta contiguo, un mundo helado habitado tan solo por animales de baja inteligencia. Los karna lo consideraban un terreno absolutamente neutral, y la Tierra no podía rebatir adecuadamente este punto. Además, exigían que la conferencia comenzase en el plazo de tres días, según el calendario terrestre.

La dificultad se hallaba en el hecho de que las ondas de comunicación interestelar viajaban a una velocidad endemoniadamente superior a la de las naves. Al gobierno

terrestre le llevaría más de una semana el trasladar un navío hasta Saarkkad V. La Tierra había sido tomada por sorpresa, sin estar preparada para un armisticio, por lo que puso objeciones.

Los karna señalaron que el sol de Saarkkad estaba tan distante de Karn como de la Tierra, que el terreno elegido se hallaba tan solo a unos pocos millones de kilómetros de un planeta aliado a la Tierra, y que era injusto que la Tierra se tomase tanto tiempo en prepararse para un armisticio. ¿Por qué no había estado ya la Tierra preparada? ¿Es que pensaba proseguir la lucha hasta la total destrucción de Karn?

No habría sido problema si la Tierra y Karn hubieran albergado a las dos únicas razas inteligentes de la Galaxia. La comedia que estaban representando los karna necesitaba de un público. Pero a todo lo largo de la Galaxia había otras razas inteligentes, muchas de las cuales habían permanecido lo más neutrales que les había sido posible durante la guerra entre la Tierra y Karn. No tenían ninguna intención de meter sus narices, hablando en sentido figurado, en una lucha entre las dos razas más poderosas de la Galaxia.

Pero quien venciera en el armisticio se encontraría con que algunas de las razas, ahora neutrales, estarían a su lado si la guerra estallaba de nuevo. Si los karna jugaban bien sus bazas, su lado sería lo suficientemente poderoso como para triunfar en la siguiente vez.

Así que la Tierra tenía que presentar una delegación para que se entrevistase con los representantes karna en el plazo de los tres días, o perdería algo que tal vez se convirtiese en un punto vital durante las negociaciones.

Y ahí es donde intervenía él.

Había sido nombrado Ministro Extraordinario y Plenipotenciario para la conferencia de paz Tierra-Karn.

Miró de nuevo al techo.

—¿Qué *puedo* hacer? —dijo suavemente.

Al segundo día de la llegada del mensaje, Malloy tomó su decisión. Conectó el interfono y dijo:

—Señorita Drayson, llame a James Nordon y a Kylen Branyek. Deseo verles inmediatamente a ambos. Haga pasar primero a Nordon, y díglele a Branyek que espere.

—Si, señor.

—Y mantenga la grabadora encendida. Puede archivar luego la cinta.

—Si, señor.

Malloy sabía que, de cualquier manera, la mujer iba a escuchar por el interfono, por lo que era mejor autorizarla a que lo hiciera.

James Nordon era alto, de anchas espaldas y unos treinta y ocho años de edad. Su cabello comenzaba a platear en las sienes, y su agradable rostro parecía frío y eficiente.

Malloy le indicó con un gesto que tomara asiento.

—Nordon, tengo un trabajo para usted. Será probablemente uno de los trabajos más importantes que tenga en su vida. Puede significar mucho para usted... promociones y prestigio si lo realiza bien.

Nordon asintió lentamente:

—Sí, señor.

Malloy le explicó el problema de las conversaciones de paz con los karna.

—Necesitamos un hombre que pueda superarlos en astucia —terminó Malloy— y, a juzgar por su expediente, creo que es usted ese hombre. Naturalmente, es arriesgado. Si toma malas decisiones, su nombre será vilipendiado en la Tierra, aunque realmente no creo que esto sea muy posible. ¿Acaso quiere tener empleos de poca monta toda su vida? Claro que no. Partirá en una hora hacia Saarkkad V.

Nordon asintió de nuevo.

—Sí, señor; ciertamente. ¿Iré solo?

—No —le contestó Malloy—, voy a enviar a un ayudante con usted... un hombre llamado Kylen Branyek. ¿Ha oído hablar alguna vez de él?

Nordon negó con la cabeza.

—No que yo recuerde. ¿Debería haber oído hablar de él?

—No; al menos, no necesariamente. No obstante, es un profesional bastante astuto. Sabe mucho de legislación interestelar y es capaz de divisar una trampa a un kilómetro lejos. Naturalmente, usted llevará el mando, pero deseo que preste una especial atención a sus consejos.

—Lo haré, señor —afirmó, agradecido, Nordon—. Un hombre así puede ser muy útil.

—De acuerdo. Ahora vaya a ese despacho de al lado. He preparado un resumen de la situación y tendrá usted que estudiárselo, hasta metérselo en la cabeza, antes de que parta la nave. No hay mucho tiempo, pero son los karna los que llevan la batuta, y no nosotros.

Tan pronto como Nordon hubo salido, Malloy dijo suavemente:

—Haga entrar a Branyek, señorita Drayson.

Kylen Branyek era un hombre diminuto con un cabello color marrón rata que crecía pegado a su cráneo, y unos duros y penetrantes ojos oscuros ensombrecidos por unas espesas y protuberantes cejas. Malloy lo hizo sentarse.

De nuevo explicó el asunto de la conferencia de paz.

—Naturalmente, a cada momento tratarán de engañarnos —finalizó—. Son astutos y traicioneros, por lo que nosotros tendremos, por fuerza, que ser aún más astutos y traicioneros que ellos. La misión de Nordon es estar tranquilo y evaluar los datos, la suya será el hallar las rendijas que se estén dejando para su uso propio y taponarlas. No antagonice con ellos, pero no sea tampoco amistoso. Si ve algo sucio, avise inmediatamente a Nordon.

—No dejaré pasar nada, señor Malloy.

Para cuando llegó la nave de la Tierra, la conferencia de paz duraba ya cuatro días. Bertrand Malloy tenía informes completos de todas las conversaciones, retransmitidas a través de la nave que había llevado a Nordon y Branyek a Saarkkad V.

El Secretario de Estado Blendwell hizo una etapa en Saarkkad IV antes de pasar a V para hacerse cargo de la conferencia. Era un hombre alto y delgado, con unos pocos manojos de cabellos grises en una cabeza bastante calva, y ostentaba una abierta sonrisa profesional que no concordaba demasiado con sus calculadores ojos.

Tomó la mano de Malloy y la estrechó efusivamente.

—¿Cómo está usted, señor Embajador?

—Estupendamente, señor Secretario. ¿Cómo va todo por la Tierra?

—En tensión. Están esperando saber que es lo que sucede en Cinco. Por otra parte, también yo lo estoy esperando. —Sus ojos denotaban curiosidad—. Así que decidió no ir usted en persona, ¿eh?

—Pensé que sería lo mejor. En lugar de eso, envié un buen equipo. ¿Querría ver los informes?

—¡Naturalmente!

Malloy se los entregó y, mientras los iba leyendo, lo contempló. Blendwell era un hombre seleccionado por sus conexiones políticas y, aunque era un buen tipo, no conocía los vericuetos del Cuerpo Diplomático.

Cuando el Secretario alzó finalmente la vista dijo:

—¡Extraordinario! ¡Han parado los pies a los karna en cada uno de los puntos! ¡Los han vencido! ¡Han logrado no solo igualar, sino superar al mejor equipo de negociadores que podían enviar los karna!

—Esperaba que lo hiciesen —dijo Malloy, tratando de aparecer modesto.

Los ojos del Secretario se entrecerraron.

—He oído hablar del trabajo que ha estado llevando usted a cabo aquí con... esto... enfermos. ¿Es este uno de sus... ejem... éxitos?

Malloy asintió con un gesto.

—Eso creo. Los karna nos enfrentaron con un dilema, así que yo

se lo devolví.

—¿Qué quiere decir eso?

—Nordon tiene un bloqueo mental que le impide tomar decisiones. Si invitase a salir a una chica, tendría dificultades para decidir si besarla o no, hasta que ella decidiese por él, en un sentido o en otro. Es de esa clase de personas. Hasta que no le es presentada una decisión, clara y única, que no admita alternativas, no puede hacer nada.

«Como puede ver, los karna trataron de darnos varias alternativas para cada punto, todas ellas con trampa. Hasta que retrocedieron hasta una posibilidad única y probaron que *no* tenía ninguna trampa, a Nordon le fue imposible tomar una decisión. Le recalqué lo importante que era esto. Y, a más importantes sean las decisiones que ha de tomar, más incapaz es de tomarlas.

El Secretario asintió lentamente.

—¿Y qué hay de Branyek?

—Paranoico —dijo Malloy—. Cree que todo el mundo está complotando contra él. Y en este caso llevaba razón, porque los karna *estaban* complotando contra él. Fuera lo que fuese lo que presentasen, Branyek estaba convencido de que, en alguna parte, había una trampa, y rastreaba buscándola. Aún cuando no hubiese ninguna, los karna no podían llegar a satisfacer a Branyek, porque este está convencido de que siempre *tiene* que haberla... en alguna parte. Como consecuencia, todos sus consejos a Nordon, todas sus preguntas acerca de las posibilidades más absurdas, no servían más que para evitar que Nordon saliese de su confusión.

Honestamente, esos dos hombres están haciendo lo mejor que saben por ganar en la conferencia de paz, y al hacerlo están haciendo tambalearse a los karna. Estos pueden ver que no

estamos tratando de ganar tiempo, ya que nuestros hombres están *realmente* tratando de llegar a una decisión. Pero lo que los karna no ven es que esos hombres, como equipo, son invencibles, ya que, en esta situación, son psicológicamente incapaces de perder.

El Secretario de Estado asintió de nuevo aprobadoramente, pero en su mente había, aún, una pregunta por responder:

—Ya que sabía todo esto, ¿no podía haberse hecho cargo usted mismo?

—Tal vez, aunque lo dudo. Es posible que hubieran conseguido envolverme atacándome por algún punto débil. Nordon y Branyek tienen puntos débiles, pero los llevan cubiertos por una armadura. No: me alegro de no haber podido ir. Es mejor así. —¿No *haber podido* ir, señor Embajador?

Malloy lo observó.

—¿No lo sabía? Ya me pregunté por qué me habría designado a mí. No, no podía ir.

La razón por la que estoy aquí, enterrado en esta oficina, oculto para los saarkkados, tal como lo haría cualquier buen jerifalte saarkkad, es porque *me gusta* que sea así. Sufro de agorafobia y de xenofobia.

«Tienen que drogarme para meterme en una espacio-nave, porque no puedo enfrentarme con todo ese espacio vacío, aunque sea protegido por un casco de acero. Y —un gesto de revulsión se pintó en su rostro—: ¡no puedo soportar a los alienígenas!

e. van vogt

proceso

Y para rematar este volumen nada mejor que un buen van Vogt, uno de los pilares de la literatura mundial de ciencia ficción. Su relato, como todos los escritos por él, nos ofrece una nueva faceta de un tema de por sí clásico. Los alienígenas, nos dice aquí van Vogt, no han de ser necesariamente humanoides, no es imprescindible que entremos en contacto con ellos oral o telepáticamente, ni siquiera se requiere que las dos razas tengan consciencia mutua de su presencia. Los alienígenas pueden ser incluso una entidad colectiva... y así nos lo muestra en este relato, reputado como uno de los más originales surgidos de su pluma.

A la brillante luz de aquel lejano sol, el bosque respiraba y existía. Era consciente de la nave que había descendido a través de las tenues neblinas del aire superior. Pero su hostilidad automática hacia el objeto extraño no vino inmediatamente acompañada por ninguna alarma.

A lo largo de millares de kilómetros cuadrados, sus raíces se entrecruzaban bajo el suelo, y millones de copas se agitaban suavemente bajo un millar de ligeras brisas. Y, más allá, extendiéndose sobre colinas y montañas y a lo largo de una costa marina casi sin límites, había otros bosques tan fuertes y poderosos como aquél.

Desde tiempos inmemoriales el bosque había protegido a la tierra de un peligro apenas comprendido. Ahora comenzaba a recordar lentamente qué era aquel peligro. Era causado por naves como aquella que bajaba del cielo. El bosque no podía recordar claramente cómo se había defendido en el pasado, pero recordaba tensamente que había sido necesaria tal defensa.

A medida que se iba dando más y más cuenta de cómo la nave flotaba en el cielo rojo gris, sus hojas susurraban un relato inmemorial de batallas libradas y vencidas. Los pensamientos fluían en su lento curso a lo largo de canales de vibración, y las majestuosas ramas de decenas de millares de árboles temblaron ligeramente.

La extensión de tal temblor, que afectaba a todos los árboles, creó gradualmente un sonido y una presión. Al principio casi resultaba inaudible, como una brisa cruzando con sus ráfagas una cañada verde. Pero se hizo más fuerte. Se consolidó. El sonido lo envolvió todo. Y el bosque entero vibró en su hostilidad, esperando que la cosa del cielo se aproximase.

No tuvo que esperar mucho.

La nave descendió de su órbita. Su velocidad, ahora que estaba cercana al suelo, era mayor de lo que había parecido al principio. Y era mucho más grande. Se alzaba gigantesca sobre los cercanos árboles, y descendió aún más, sin importarle las copas de los mismos. Las ramas crujieron, los troncos se partieron, y los árboles enteros fueron echados a un lado como si fueran cosas sin importancia, sin peso ni fuerza.

La nave descendió, abriéndose su propio camino a través de un bosque que gruñía y gemía a su paso. Se detuvo, pesadamente, a tres kilómetros de distancia del lugar en que había tocado el primer árbol. Detrás, el sendero de árboles rotos temblaba y se agitaba bajo la luz del sol; un recto camino de destrucción, igual – recordó repentinamente el bosque– que había ocurrido en otras ocasiones del pasado.

Comenzó a retirarse de las partes doloridas. Extrajo su savia y cesó de vibrar en las áreas afectadas. Más tarde, enviaría nuevos brotes a reemplazar lo que había sido destruido, pero ahora aceptaba la muerte parcial que había sufrido. Sentía miedo.

Era un miedo mezclado de irritación. Notaba la nave posada sobre árboles desechos, en una parte de sí mismo que aún no estaba totalmente muerta. Sentía la frialdad y la dureza de las paredes de acero, y su miedo e irritación se incrementaron. El susurro de un pensamiento pulsó a lo largo de los canales de vibración. *Un momento, decía, tengo un recuerdo. Un recuerdo de hace mucho, cuando otras naves como esta llegaron.*

Su memoria rehusó aclarar más. Tenso pero incierto, el bosque se preparó a efectuar su primer ataque. Comenzó a crecer alrededor de la nave.

Desde hacía tiempo había descubierto el poder de crecimiento del que era capaz. Hubo un tiempo en que no había sido tan grande como era ahora. Y luego, un día, se dio cuenta de que se estaba aproximando a otro bosque similar a él mismo.

Las dos masas de bosque en crecimiento, los dos colosos de raíces entrecruzadas, se aproximaron uno al otro estudiadamente, con lentitud, asombrados, con curiosidad pero con cautela ante el hecho de que su forma de vida similar hubiera existido durante todo el tiempo. Se aproximaron, se tocaron... y lucharon durante años.

Durante aquella lucha prolongada, casi todo el crecimiento de las porciones centrales se detuvo. Los árboles dejaron de formar nuevas ramas. Las hojas, por pura necesidad, se hicieron más resistentes, y llevaron a cabo sus funciones durante períodos más largos. Las raíces se extendieron lentamente. Toda la fuerza posible del bosque se concentró en los procesos de defensa y ataque.

En una sola noche crecían barreras de árboles. Enormes raíces cavaban túneles en el suelo, descendiendo kilómetros, abriéndose paso a través de roca y metal, construyendo una barrera de madera viva contra el crecimiento del bosque extraño. En la superficie, las barreras agrandaban el grosor hasta un kilómetro o más de árboles que casi crecían tronco contra tronco. Y, así, la gran batalla finalmente murió. El bosque aceptó el obstáculo creado por su enemigo.

Luego, luchó hasta un resultado similar con un segundo bosque que lo atacó desde otra dirección.

Estos límites de demarcación se le hicieron naturales como el gran mar salado del sur, o las gélidas montañas que estaban nevadas durante todo el año.

Tal como había hecho en su batalla contra otros bosques, el bosque concentró toda su fuerza contra la nave intrusa. Los árboles crecieron a la velocidad de medio metro cada pocos minutos. Las enredaderas subieron por los árboles, y se lanzaron encima de la nave. Sus incontables zarcillos corrieron sobre el metal, y luego se anudaron a los árboles del otro lado. Las raíces

de esos árboles se hundieron más profundamente en el suelo y se anclaron en estratos de roca mucho más pesados que cualquier nave jamás construida. Los troncos de los árboles se hicieron más gruesos, y las enredaderas se engrosaron hasta convertirse en enormes cables.

Cuando la luz del primer día desapareció en el ocaso, la nave estaba hundida bajo millares de toneladas de bosque y oculta en un follaje tan espeso que no podía verse nada de ella.

Había llegado el momento de la acción destructiva final.

Poco después de caer la noche, pequeñas raicillas comenzaron a tantear bajo el casco de la nave. Eran infinitésimamente pequeñas; tan pequeñas que en sus inicios no eran más que unas docenas de átomos de diámetro; tan pequeñas que el aparentemente sólido metal casi les parecía un vacío; tan increíblemente pequeñas que penetraban sin esfuerzo en el duro acero.

Fue en aquel momento, como si hubiera estado esperando hasta ese estadio, cuando la nave inició su contrataque. El metal se calentó, luego ardió, y finalmente estuvo al rojo. No se necesitaba más. Las pequeñas raicillas se abrasaron y murieron. Las mayores, cercanas al metal, ardieron lentamente cuando el tremendo calor las alcanzó.

Por encima de la superficie, se inició otra violencia. De un centenar de orificios en la superficie de la nave surgieron llamas. Y primero las enredaderas, y luego los árboles, comenzaron a arder. No era un estallido de fuego incontrolable, no era una tremenda conflagración saltando de árbol en árbol con furia irresistible. Desde hacía tiempo, el bosque había aprendido a controlar los fuegos iniciados por rayos o por combustión espontánea. Era cuestión de enviar savia al área afectada. Cuanto más verde fuera el árbol, cuanto más savia lo permease, más tórrido tendría que ser el fuego.

El bosque no podía recordar en aquel momento el haberse encontrado nunca con un fuego que pudiera abrirse camino entre su línea de árboles que supurasen una pegajosa humedad en cada grieta de sus cortezas.

Pero aquel fuego sí podía. Era diferente. No era únicamente llama; era energía. No se alimentaba de la madera; era alimentado por una energía interior.

Al fin, el hecho trajo un recuerdo al bosque. Era un recuerdo agudo e inequívoco de algo que había hecho hacía mucho para salvarse, y salvar al planeta, de una nave como aquella.

Comenzó a apartarse de la vecindad de la nave. Abandonó el andamiaje de madera y maleza con el que había querido aprisionar a la estructura extraña. Mientras la preciosa savia era sorbida hacia los árboles que formarían ahora la segunda línea de defensa, las llamas se hicieron más brillantes, y el fuego se hizo tan luminoso que la escena entera fue bañada por un macabro resplandor.

Pasó algún tiempo antes de que el bosque se diera cuenta de que los haces de fuego ya no estaban surgiendo de la nave, y que la incandescencia y humo que seguía provenían únicamente de la normal combustión de la madera.

Aquello también se ajustaba a su recuerdo de lo que había sucedido antes.

Frenética, aunque relucientemente, el bosque inició lo que, ahora se daba cuenta, era el único método de librarse del intruso. Frenéticamente porque se daba cuenta, aterrorizado, de que la llama de la nave podía destruir bosques enteros. Y relucientemente porque el método de defensa implicaba sufrir las quemaduras de una energía solo algo menos violenta que la que había surgido de la máquina.

Decenas de millares de raíces crecieron hacia rocas y formaciones del suelo que habían evitado cuidadosamente desde que había llegado la última nave. A pesar de la necesidad de apresurarse, el proceso en sí mismo era lento. Un sinfín de raicillas temblorosas se obligaron a introducirse en las remotas y hundidas vetas de mineral, y por un intrincado proceso de osmosis arrancaron granos de metal puro al impuro mineral natural. Los granos eran casi tan pequeños como las raicillas que antes habían penetrado las paredes metálicas de la nave, lo bastante pequeños como para ser llevados, suspendidos en la savia, a través de un laberinto de raíces mayores.

Pronto hubo millares de granos moviéndose a lo largo de los canales, luego millones. Y, aunque cada uno de ellos era pequeño, el suelo en el que fueron depositados pronto brilló a la luz del moribundo fuego. Mientras el sol de aquel mundo aparecía tras el horizonte, el brillo plateado se extendía a una treintena de metros de amplitud alrededor de la nave.

Fue poco después del mediodía cuando la máquina mostró darse cuenta de lo que estaba sucediendo. Se abrieron una docena de trampillas, y de ellas surgieron objetos flotantes. Bajaron hasta el suelo, y comenzaron a recoger el producto plateado con unas trompetillas que sorbían el fino polvo en forma continua. Trabajaban con gran cuidado; pero una hora antes de que cayese la obscuridad de nuevo, habían recogido más de dos toneladas de la delgada capa de uranio 235.

Al caer la noche, todas las cosas de dos patas desaparecieron en el interior de la nave. Se cerraron las compuertas. El largo torpedo flotó suavemente hacia arriba, y se alzó hacia los altos cielos en los que aún brillaba el sol.

El primer aviso de la situación le llegó al bosque cuando las raíces situadas por debajo de la nave informaron de una repentina disminución de la presión. Pasaron varias horas aún antes de que decidiese que el enemigo había sido rechazado. Y aún pasaron

otras antes de que se diera cuenta de que el polvo de uranio que aún se encontraba en aquel lugar tendría que ser retirado. Los rayos se extendían a grandes distancias.

El accidente que ocurrió entonces tuvo lugar por una razón muy simple. El bosque había tomado la sustancia radioactiva de las rocas. Para librarse de ella, solo necesitaba devolverla a las capas rocosas más cercanas, particularmente al tipo de roca que absorbía la radioactividad. Al bosque, la situación le parecía así de obvia.

Una hora después de que comenzase a llevar a cabo el plan, la explosión se alzó en hongo hacia el espacio exterior.

Estaba muy por encima de toda la capacidad de comprensión del bosque. Ni vio ni oyó la colosal forma de la muerte. Lo que experimentó fue suficiente. Un huracán barrió kilómetros cuadrados de árboles. La bola de fuego y radiación inició fogatas que tardó horas en poder apagar.

El miedo lo abandonó lentamente, como recordaba que también había sucedido antes. Pero mucha más clara que la memoria era la comprensión de las posibilidades de lo que había sucedido... la naturaleza de la oportunidad.

Poco después de la madrugada de la siguiente mañana, lanzó su ataque. Su víctima fue el bosque que, según sus equívocos recuerdos, había invadido en un principio sus territorios.

A lo largo de todo el frente que separaba a los dos colosos deflagaron pequeñas explosiones atómicas. La sólida barrera de árboles que era la de defensa exterior del otro bosque se derrumbó ante una erupción tras otra de irresistible energía.

El enemigo, reaccionando normalmente, concentró su reserva de savia. Cuando estaba totalmente dedicado a la gigantesca tarea de hacer crecer una nueva barrera, las bombas comenzaron a

estallar de nuevo. Las explosiones resultantes destruyeron su principal suministro de savia. Y, como no comprendía lo que estaba sucediendo, estuvo perdido desde aquel momento.

En la tierra de nadie en la que habían estallado las bombas, el bosque atacante introdujo una cantidad incontable de raíces. Allí donde se iniciaba una resistencia, se producía una explosión atómica. Poco después del siguiente mediodía, una titánica explosión destruyó los árboles centrales sensitivos; y la batalla hubo finalizado.

Le llevó meses al bosque el extenderse al territorio de su enemigo derrotado, el estrangular las raíces moribundas del otro, el derribar los árboles que ahora no tenían defensa, y el hacerse con el dominio incontestado.

En el momento en que hubo terminado con la tarea, se volvió como una furia contra el bosque de su otro flanco. Una vez más atacó con el trueno atómico, e intentó arrollar a su enemigo con una lluvia de fuego.

Se encontró con una defensa de igual fuerza: ¡átomos en fisión!

Pues su secreto se había filtrado a través de la barrera de raíces entrecruzadas que separaban los bosques.

Los dos monstruos casi se destrozaron mutuamente. Cada uno de ellos quedó convertido en un resto, que inició el doloroso proceso de la reconstrucción. Mientras los años pasaban, el recuerdo de lo que había sucedido se iba perdiendo. Y no es que importase. En realidad, las naves llegaban cuando lo deseaban. Y, de alguna forma, aunque el bosque hubiera recordado, sus bombas atómicas no hubieran estallado en presencia de una nave.

La única cosa que era necesaria para alejar a las naves era rodearlas con una fina capa de productos radioactivos. Tras ello, recogían el material, y se retiraban apresuradamente.

La victoria era siempre así de fácil.